Conflicto entre
dos deberes

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 16—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 46 á 48)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID



CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)
El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.
Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)
En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama original en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.

CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES,

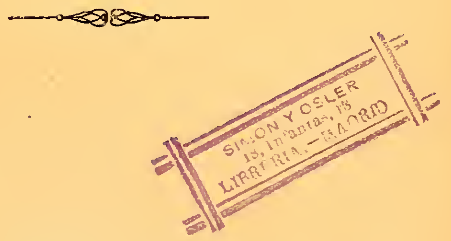
DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro ESPAÑOL, el 14 de Diciembre de 1882.



MADRID.—1882.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.

Calvario, n.° 18.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON JOAQUIN, padre de........	Sr. Jimenez (D. Donato).
AMPARO......................	Sra. Contreras.
RAIMUNDO, sobrino de.........	Sr. Calvo (D. Rafael).
PRUDENCIO....................	Sr. Fernandez (D. M.).
DOLORES, hermana de..........	Srta. Garcia.
BALTASAR.....................	Sr. Calvo (D. Ricardo).
PEDRO, criado................	Sr. Riquelme.

Año 18...—La escena en Barcelona.

Á LOS ACTORES

En prueba de admiracion y gratitud.

Ya que á su entusiasmo y á su talento debo la mejor parte del triunfo que mi drama ha obtenido, recobren por este público testimonio lo que en buen derecho les pertenece.

J. Echegaray.

ACTO PRIMERO.

Salon elegante. Gran puerta en el fondo. En primer término, á la derecha del espectador, una puerta; á la izquierda, en primer término un balcon; un velador y sillas á la izquierda, á la derecha un sofá. Á la derecha, segundo término, otra puerta. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

AMPARO en el balcon: D. JOAQUIN en el sofá.

JOAQUIN. Mucho vas á ese balcon,
mucho miras hácia fuera:
es al cielo y á sus nubes
ó desciendes á la tierra!
Cuando el alma á lo exterior
se asoma, y en él inquieta
algo busca, sin saber
lo que busca ó lo que anhela,
es que siente por su mal
un vacío, que ó se llena
con la dicha, ó con el llanto
que en él filtran las tristezas.

AMPARO. (Desde el balcon.)
Qué dices, padre? no entiendo...
De aquel celaje que incendia
con postreras llamaradas

el sol en la azul esfera;
de la expléndida marina
que ante Barcelona ostenta,
en las olas blanca espuma,
y en el cielo blanca niebla,
los mil cambiantes seguía
y admiraba la belleza.
Estás triste? (Acercándose á su padre.)

JOAQUIN. Lo estás tú?

AMPARO. No, en verdad.

JOAQUIN. Pues quién pudiera
llevar á mi corazon,
Amparo, sombras ó nieblas,
mientras brille la alegría
en esa faz hechicera?

AMPARO. Los negocios.

JOAQUIN. Se traducen
ó por ganancia ó por pérdida,
y tal mi fortuna es hoy,
que á sus cúspides no llegan
ni caprichos del azar,
ni asaltos de la pobreza.
Ademas, en esta vida,
tú sola, Amparo, me quedas,
y aseguré para tí,
hija mia, la opulencia. (Con orgullo.)
Muchos años me costó!
(Con preocupacion creciente.)
muchas batallas tremendas!
noches con fiebre y sin sueño!
dias de ansiedad inmensa!...
á veces dudas!... á veces!...
Pero, en fin, en la revuelta
sociedad, y en esta lucha,
que llaman hombres de escuela,
y de saber positivo,
la lucha por la existencia,
fuí vencedor, y por fin,
descanso bajo mi tienda.

AMPAPO. Y respetado, y querido;
con más honra que riqueza;
con el amor de tu Amparo,

y tranquila la conciencia,
que se puede de este modo
llegar á viejo sin pena.
Quiero decir, cuando llegues,
que por ahora ni sospechas.
(Con mucho mimo.)

JOAQUIN. Dices bien, y yo lo afirmo: (Sombrío.)
¡con más honra que riqueza! (Con energía.)
que de aquella por un átomo
pueden darse todas estas.
Yo habré sido alguna vez... (Preocupado.)
rudo!... violento!... y me pesa!
Pero siempre con razon,
contra injusticias ajenas,
castigo de las traiciones,
de mi familia en defensa!...
bien lo sabe Dios! lo sabe!
que Él en las almas penetra.
(Pausa: se queda meditabundo.)

AMPARO. Pues no pienses más en ello,
si es que acaso en ello piensas.
Mejor que tú no hay ninguno: (Abrazándole.)
tan bueno... ¡muchos quisieran!
pero no es posible, padre,
que don Joaquin de Barrieta
no tiene igual!... no, señor!...
Si acaso... y esto es proeza
insigne! podrá llegar
á donde mi padre llega,
Raimundo.

JOAQUIN. Raimundo? (Mirándola fijamente.)

AMPARO. (Algo confusa y volviendo el rostro.) Digo
esto, porque tú ponderas
su carácter... su virtud...
su talento... su nobleza...
Y porque todos lo dicen...
(Cada vez más cortada.)
y porque dió siempre pruebas
de ser un alma... Y en fin,
lo digo como dijera
otra cosa. Pero en suma,
(Volviendo á abrazar á su padre.)

yo siempre vuelvo á mi tema:
como mi padre ninguno,
ni nadie que más le quiera
que esta niña caprichosa...

JOAQUIN. Que es gloria de su existencia.
Pero el elogio que hiciste
de Raimundo, no me pesa.
(Separándola un poco y observándola atentamente.)
Mi modesto secretario
es, con toda su pobreza,
¡un Creso! por los tesoros
que dentro del alma lleva.

AMPARO. Verdad que sí. (Sin poder dominar su alegría.)

JOAQUIN. Tú lo has dicho.

AMPARO. Yo lo dije y tú lo apruebas.

ESCENA II.

AMPARO, D. JOAQUIN, PEDRO por el foro.

PEDRO. Don Joaquin...

JOAQUIN. Que quieres, Pedro.

PEDRO. Vino un señor y se empeña
en que ha de hablar con usted.

JOAQUIN. Le conoces?

PEDRO. Sí: por señas,
que en casa de don Raimundo
le he visto. Nada, no yerra
mi memoria: debe ser
su tío, ó le anda cerca.

AMPARO. De Raimundo!

JOAQUIN. Di que pase.

PEDRO. Al momento. (Sale por el foro.)

AMPARO. Tú sospechas,
qué podrá ser?

JOAQUIN. No en verdad.
Él viene...

AMPARO. Adios.

JOAQUIN. Adios.

(Sale Amparo por la puerta de la derecha, primer término, preocupada y mirando hácia el fondo: don Joaquin le acompaña.) Esta

visita...

AMPARO. Es extraña...

JOAQUIN. En fin
veremos lo que nos cuenta. (Sale Amparo.)

ESCENA III.

D. JOAQUIN, D. PRUDENCIO por el fondo

PRUD. Pues señor, si bien me fundo
(Ap. desde el fondo.)
ya estoy metido en la red:
con que valor.

JOAQUIN. Pase usted.
(Levantándose y afectuosamente.)

PRUD. Soy el tio de Raimundo.

JOAQUIN. Muy señor mio.

PRUD. Yo siento
molestar... (Avanzando con cierta tímidez.)

JOAQUIN. De ningun modo.

PRUD. Pero quisiera...

JOAQUIN. Ante todo
sírvase tomar asiento.
(Pausa. Se sientan ambos: despues se observan por algunos instantes.)

PRUD. Muy bondadoso parece. (Ap.)
(Nueva pausa.)
Necesitamos su amparo.

JOAQUIN. Explíquese sin reparo
y diga qué se le ofrece.

PRUD. Conociendo su bondad, (Animándose.)
á usted, señor, nos volvemos;
porque, don Joaquin, nos vemos,
por virtud ó terquedad
de Raimundo, en situacion
tan difícil y apurada,
que considero excusada
cualquiera ponderacion.
Nos abandona el ingrato!

JOAQUIN. Quién? Raimundo!

PRUD. Claro está.

JOAQUIN. ¿Qué, se nos marcha? (Con gran sorpresa.)

PRUD. Se va...
de España! y en su arrebato
sin compasion nos inmola.
JOAQUIN. Pero á dónde? (Con afan.)
PRUD. Don Joaquin,
ni él lo sabe. Pero en fin,
á la América española.
JOAQUIN. Por qué?
PRUD. Dice, que le pesa
la miseria y le importuna:
que quiere probar fortuna;
pero la razon no es esa.
Ya ve usted qué frenesí!
dejar á su madre anciana,
y á Clara, casi su hermana,
y que más, dejarme á mí!
JOAQUIN. Pero qué? les abandona
por completo?
PRUD. No señor,
nos mantendrá, que en rigor
Raimundo es buena persona.
Pero quién el porvenir
asegura en tales casos?
hay peligros... hay fracasos...
¡y si llegase á morir!...
Él de nosotros cuidó,
como es justo, cosa clara.
Si de pronto nos faltára
sin él ¿qué me iba á hacer yo?
JOAQUIN. (Mirándole con cierto asombro y sonriendo.)
Pues me parece que usted
tiene edad á lo que advierto...
PRUD. No señor; soy hombre muerto.
Si él nos falta no hay merced.
(Con profunda conviccion de su inutilidad y con el más natural egoismo. Pausa: D. Joaquin le observa sonriendo.)
Mi educacion fué esmerada,
pero el mundo es un abismo.
Abandonado á mí mismo
yo no sirvo para nada.
Y Raimundo obligacion

tiene de cuidar de mí,
y de mi niña, eso sí, (*Con mucha energía.*)
sobre eso no hay discusion.

JOAQUIN. No la habrá

PRUD. Bien se concilia
con su deber mi derecho.
Don Joaquin, esto es un hecho.

JOAQUIN. Sí un secreto de familia...

PRUD. Yo era rico: gran caudal:
millones de mi mujer.
Pero no quise entender
en su manejo. El metal
es bueno para tenerlo,
y es bueno para gastarlo,
más si es preciso cuidarlo
es cosa de aborrecerlo.
Á Gaspar se le confió,
que era el padre de Raimundo,
y por fin, cosas del mundo,
mi hermano me lo perdió.
Murió de pena, esto es fijo:
de pena y remordimiento:
era hombre de gran talento,
mas tan loco como el hijo.
Luégo es de toda evidencia,
y Raimundo lo conoce,
que debe pagar,—y es goce
para un hombre de conciencia,—
esta deuda que contrajo
su padre en hora menguada,
dándonos pan y posada
á costa de su trabajo.
(*Se queda mirando con expresion triunfante á don Joaquin.*)
No es esto?

JOAQUIN. Bien podrá ser.

PRUD. Es claro como la luz.
Conozco que es una cruz;
pero yo qué le he de hacer?

JOAQUIN. El cumple ..

PRUD. No lo bastante.

JOAQUIN. No comprendo...

PRUD. Bien mirado...
JOAQUIN. Raimundo es un hombre honrado.
PRUD. Pero muy extravagante.
Tuvo más de una ocasion
de hacer caudal en la vida;
pero siempre prevenida
su perversa condicion,
contra toda coincidencia
favorable, busca ansioso
algun nuevo y primoroso
escrúpulo de conciencia;
y con él y su importuna
exagerada honradez,
una y otra y otra vez
cerró el paso á la fortuna!
No se arrepiente jamás,
y cada cual en su tanto,
él gana plaza de santo,
de mártires los demas.
JOAQUIN. Más le encomia que censura,
quien tal defecto le achaca.
Si Raimundo siempre saca
su virtud íntegra y pura
merced á esfuerzos honrados,
gana...
PRUD. La eterna salud.
Pero con tanta virtud
nos tiene s·crificados.
JOAQUIN. Lo primero en esta vida (*Con severidad.*)
es el deber.
PRUD. Lo segundo
es pensar que en este mundo
todo tiene su medida.
Yo soy de esta condicion.
Soy pacifico y prudente:
me voy donde va la gente,
y odio la exageracion.
JOAQUIN. Excesos de la honradez
(*Con hondo sentimiento y hablando más para si que para su interlocutor.*)
pueden al pronto dañar,
pero no suelen sobrar

cuando llega la vejez:
cuando se abate el más fuerte,
y lo pasado desvela,
y la sangre se congela
y va llegando la muerte.
En cambio un solo delito,
natural, justo quizás,
don Prudencio, pesa más
que una losa de granito.
(Queda sombrío y pensativo: D. Prudencio le observa con curiosidad.)

PRUD. Claro!... vivir en un potro...
es vivir... porque en rigor...
(Sin saber lo que dice.)
el pasado... (Pues señor, (Ap.)
es tan loco como el otro.)
Y ahora, si usted me permite
volveremos á mi tema.
(Se recobra D. Joaquin y le indica que siga.)
Si su bondad que es extrema
consiente que solicite
su valiosa proteccion...

JOAQUIN. Desde luego y para todo;
pero ignoro de qué modo...

PRUD. Con una resolucion
muy sencilla. Sucursales,
porque al negocio conviene,
su casa de banca tiene
en diversas capitales;
pues le manda de contado,
fingiendo cualquier pretesto,
á una de ellas, y con esto
ya queda todo arreglado.

JOAQUIN. Si el motivo no menciona,
ó no lo pone á mi alcance...

PRUD. Lo que él quiere á todo trance
es salir de Barcelona.

JOAQUIN. Cuál la causa?

PRUD. Una mujer:
una amorosa manía:
en fin, una tontería,
á lo que pude entender.

Anoche le sorprendí:
entré en su cuarto de pronto:
vamos, señor, que es un tonto
el pobre chico. (Pequeña pausa.)
Le ví, (Con acento de burla.)
los codos sobre la mesa,
la cabeza entre las manos,
y en horizontes lejanos
la vaga mirada impresa.
Los libros por los rincones,
los papeles por las sillas,
por sus pálidas mejillas
dos soberbios lagrimones.
En la mesa, con recato,
como objeto favorito,
todo el cuerpo del delito,
quiero decir, un retrato.
Algun beso en el carton,
algun ademan violento,
muchos suspiros al viento,
y algun grito de pasion.
Un cuadro, en fin, casi bufo
se me metió por los ojos,
entre los destellos rojos
de un quinqué con mucho tufo.

JOAQUIN. Y él entónces?... (Riendo.)

PRUD. Confesó
lo que quiso confesar.
Algo le pude sacar:
ménos el nombre! eso no,
Parece que ella es muy rica,
de clase muy elevada:
y mire usted qué bobada,
ni aun ha probado si pica
en el cebo del amor!
porque si él con buenos modos...
¡qué fortuna para todos!
boda, riqueza y honor.

JOAQUIN. Así le dijo?

PRUD. Es verdad:
así mismo. Yo le quiero,
y para mí lo primero...

claro, su felicidad.
JOAQUIN. Y él?
PRUD. Pues él perdió la calma,
y con expresion bravía
me dijo, que él no ponía
en pública venta el alma.
Vender el alma! tambien
es del caso que me acuse!
si lo que yo le propuse
fué tan sólo por su bien!
pero unas veces adusto,
y otras severo y altivo,
siempre ha de encontrar motivo
para darme algun disgusto.
JOAQUIN. Y el retrato pudo ver? (Con interés.)
PRUD. Ya lo creo. (Con malicia.)
JOAQUIN. Y es?...
PRUD. Preciosa!
Con todo, fué más hermosa
mi difunta... mi mujer.

ESCENA IV.

D. JOAQUIN, PRUDENCIO, AMPARO por la derecha.

AMPARO. Perdonen...
(Deteniéndose sorprendida ó fingiendo sorpresa.)
PRUD. Caso mas raro!...
(Levantándose con sorpresa verdadera.)
JOAQUIN. Esa sorpresa?... (Á Prudencio.)
PRUD. No es nada. (Reponiéndose.)
(Ap.) (Casualidad endiablada!)
JOAQUIN. (Presentando uno á otro.)
Don Prudencio... Mi hija Amparo.
AMPARO. Ví venir desde el balcon
á Raimundo...
JOAQUIN. Ya.
AMPARO. Y tenía
que enterarme si traía...
un encargo. Y al salon
creyendo que estaba solo

mi padre... pero me iré
si estorbo.

JOAQUIN. No. quédate.

PRUD. (Ap.) (Está visto, soy un bolo.)
No quisiera que el muchacho...
(Ap. á D. Joaquin.)
porque si me vé, barrunto ..

JOAQUIN. (Alto á Amparo.) Para tratar de un asunto,
nos vamos á mi despacho.
(D. Joaquin y Prudencio se dirigen á la puerta de la derecha, segundo término.)

PRUD. (Ap.) (Aquí me valga mi ingenio.
Aunque no sé si me pese.)
No quisiera que supiese...
(Ap. á D. Joaquin.)
porque el chico tiene un génio!

JOAQUIN. (Desde la puerta d.l despacho á Amparo que ha quedado en primer término junto á la mesa de la izquierda.)
Despídete de Raimundo.

AMPARO. Se va? (Con sorpresa.)

JOAQUIN. Nos deja el traidor,
segun dice este señor.

AMPARO. Muy léjos? (Con angustia mal contenida.)

JOAQUIN. Al nuevo mundo.

PRUD. Señorita... (Despidiéndose.)

JOAQUIN. Por aquí...
(Levantando la colgadura.)

PRUD. (Es muy mona!...) (Ap.)

AMPARO. Caballero...
(Inclinándose maquinalmente.)

PRUD (Ap.) (Y tiene mucho dinero.)
(Sin poder dejar de mirarla.)

JOAQUIN. (La conocía usted?) (Ap. á Prudencio.)

PRUD. Sí.
Estoy pensando hace rato...
que la he visto...

JOAQUIN. Claro está.

PRUD. Pero no sé donde.

JOAQUIN. Ya.

PRUD. Usted sabe?...

JOAQUIN. En el retrato.

(Prudencio le mira con fingida confusion, D. Joaquin rie bondadosamente y ambos salen.)

ESCENA V.

AMPARO, despues RAIMUNDO.

AMPARO. (Dejándose caer en una silla, al lado del velador y sin poder dominar su llanto.)
Nos deja!... nos deja!... es claro!...
si esto ya lo presumía!
no me quiere!... Vírgen mia!
Raimundo!... Raimundo! (Llorando.)
RAIM. (Llegando sin que ella le sienta.)
Amparo!...
Qué tiene usted? por qué llora?
¿qué desgracia?... qué afliccion?
Hable usted por compasion!
la impaciencia me devora!
AMPARO. Si no tengo nada.
(Secándose el llanto y con cierto enojo.)
RAIM. Cómo?...
AMPARO. Como que no tengo nada.
RAIM. Alguna pena?...
AMPARO. (Esforzándose por sonreir.) Bobada!
Penas! desgracias!... ni asomo!
RAIM. Será verdad?
AMPARO. Ya lo he dicho.
RAIM. Su llanto lo está negando.
AMPARO. Es que yo de cuando en cuando
suelo llorar por capricho.
Ó es que quiere usted tambien
(Con mal humor de niña.)
privarme de este consuelo?
Señor!... que no hay en el suelo,
para atormentarme, quien
haga alarde de más saña,
ni ponga mayor cuidado!
RAIM. Pero cómo?...
AMPARO. Y es probado
que se da usted buena maña.
RAIM. Mas si el llanto es puro antojo...

AMPARO. Puro antojo, ya lo digo.
RAIM. Por qué se enoja conmigo?
AMPARO. Mucho le importa mi enojo.
RAIM. Con él, Amparo, no hay goce
posible.
AMPARO. Quién lo diría!
RAIM. Y es sombra toda alegría.
AMPARO. Pues qué poco se conoce!
(Pausa. Raimundo queda triste y abatido, y dobla la cabeza sobre el pecho: Amparo le observa con atencion.)
No sigue usted?
RAIM. Para qué?
AMPARO. Para calmar mis enojos.
RAIM. Ya se han secado sus ojos
y todo una broma fué!
AMPARO. Una broma!... pero buena!
como nuestra... como mia. (Con tristeza.)
RAIM. Sin embargo... yo querría...
AMPARO. Mi perdon? Vale la pena?...
Para qué desenojarme?
Mi enojo es ruin contratiempo.
Le queda tan poco tiempo
de sufrirme y de aguantarme!
RAIM. No comprendo?... (Con sorpresa.)
AMPARO. Tienen alas
las noticias: pues apenas!
qué pesadas si son buenas!
qué veloces si son malas!
RAIM. Supone usted?... pero quién?...
(Acercándose con ansiedad.)
AMPARO. Quien contó su desvarío.
(Refiriéndose al de Raimundo.)
RAIM. Cómo es posible, Dios mio!
AMPARO. Conque hipócrita tambien?
RAIM. Le han dicho?
AMPARO. Con frase breve
me dijo papá: «se aleja...»
«se va por siempre...» «nos deja...»
Niéguelo usted si se atreve. (Casi llorando.)
RAIM. Y era por esa razon (Con suprema alegría.)
su llanto?

AMPARO. Qué presuntuoso!
RAIM. No es ese el nombre ¡dichoso!
eso grita el corazon.
AMPARO. Como usted es incapaz
de sentir!... Tiene una calma!
(Llorando otra vez.)
RAIM. Si sabe sentir el alma
que se lo diga mi faz!
(Acercándose á ella con pasion y sin poder dominarse. Ella poco á poco deja de llorar y le mira gozosa, sonriendo con malicia.)
Mi carácter es de acero;
yo sé vencer mis pasiones;
pero en ciertas ocasiones
ni lo logro ni lo quiero.
Pensé marcharme de aquí
cumpliendo con mi deber,
sin quebrantar ni romper
el silencio en que viví.
Pero miro ese dolor,
de ese llanto el limpio borde,
y es preciso que desborde
el torrente de mi amor.
Yo me resigno á no verla.
tengo valor para huirla,
pero yo quiero decirla,
que pierdo el alma al perderla.
Mi herida crecerá más:
nunca será cicatriz:
quizá usted será feliz:
yo no lo seré jamás!
Mientras la dicha le arruye,
olvídeme usted, Amparo;
pero si se extingue el faro
de toda esperanza, y huye
su pobre bajel velero
por golfo negro y traidor,
recuerde que su dolor
en mí tiene compañero;
y que por rudo y bravío
que en usted, Amparo, fuera.
¡le lleva gran delantera

y es mucho mayor el mio!
AMPARO. Está bien y eso es querer...
por lo ménos es pintar,
como se debiera amar.
Mas no logro comprender,
por más que encierro en un potro
todo mi ingenio, Raimundo.
que estando yo en este mundo,
quiera usted marcharse al otro.
Yo su talento proclamo!
me declaro torpe y terca!
pero quiero tener cerca
las personas á quien amo.
Y en este supremo instante
discurrimos, es corriente,
usted cual sabio eminente,
yo como niña ignorante.
Le dejo su parecer,
su amoroso frenesí,
y me quedo para mí
con mi modo de querer.
RAIM. Esa ilusion peregrina!...
ese cielo luminoso!... (Con pasion.)
es horizonte engañoso
que se va con la neblina. (Con desaliento.)
Discurriendo sin pasion,
acallando al sentimiento,
piensa usted por un momento
que aceptaría esta union
su padre de usted, Amparo?
Ustedes en la eminencia!
y yo tan bajo!... Demencia!
AMPARO. No fuera el caso tan raro.
RAIM. Fuera lo que siempre ví (Con creciente energía.)
en casos de tal porfía:
para usted la rebeldía
y la infamia para mí.
De un padre la autoridad
por usted menospreciada,
y como pasto arrojada
á todos mi dignidad.
De la gente á la malicia

mostrándose mi pasion,
con visos de seduccion
y remates de codicia.
Cuanto más mi pena ahondo,
más con su crueldad me exalto!
Están ustedes muy alto,
y yo voy muy por el fondo.
Lo quiso así nuestro sino;
ni esperanza, ni consuelo:
¡entre el abismo y el cielo
sólo el rayo abre camino!
no se debe vacilar:
ha de ser, lo que ha de ser:
á cumplir yo mi deber,
usted, Amparo, á llorar. (Con cierta dureza.)
Que ese llanto derramado,
por esos ojos de gloria,
será divina memoria
que se lleve el desterrado.
(Amparo cae llorando en el sillon. Raimundo le coge la mano, la besa y se prepara á salir.)

ESCENA VI.

AMPARO, RAIMUNDO, D. JOAQUIN en la puerta del despacho.

JOAQUIN. Con qué derecho, Raimundo,
(Con fingida seriedad.)
hace usted llanto verter
á mi Amparo, que es el ser
que amo yo más en el mundo?
Qué pena, qué desengaño,
que nunca en su padre halló
la pobre niña encontró
en la crueldad de un extraño?
El cariño que á usted dí,
la amistad que le confié,
esta casa en donde fué
casi un hijo para mí,
¿merecen que así nos hiera?
Bien, Raimundo, se percibe
que favor que usted recibe

lo paga de igual manera.

RAIM. (Confundido, triste, pero digno.)
Esa acerba acusacion
la merezco y no me excuso.
Confieso, señor, que abuso
de su bondad, y es razon
que á mi negra ingratitud
yo mismo imponga castigo:
el que va, señor, conmigo
bien iguala en magnitud
á sus más fieros enojos,
y al delito que ocultaba, (Con amargura.)
sin notar que se escapaba
por el cristal de los ojos.
Tiempo, ausencia entre los dos!...
(Señalando á Amparo.)
El olvido no es avaro!...
Adios para siempre, Amparo!
Adios, don Joaquin, adios!
(Se dirige lentamente á la puerta del fondo: don Joaquin se acerca á Amparo.)

JOAQUIN. Bien está por el remedio,
y bien por el sacrificio! (Dulcificando el tono.)
Si tuviese usted más juicio,
más confianza y ménos tedio,
notára usted, vive Dios,
que ha con seguido encontrar
la manera de labrar
la desdicha de los dos.
Y de los tres no decía,
porque en mí nunca reparo,
y ante la dicha de Amparo,
poco importa de la mia.

RAIM. No comprendo lo que dice!
(Deteniéndose y mirando desde léjos á D. Joaquin con asombro.)

AMPARO. Yo adivino lo que piensa.

JOAQUIN. Qué hacemos de nuestra ofensa?
(Con tono entre burlon y bondadoso.)
Piensa usted que yo autorice
su fuga y su impunidad?

RAIM. Pues qué hacer?

JOAQUIN. No lo adivina?
la cosa más peregrina!
qué hacer?... Su felicidad.
(Señalando á Amparo.)

RAIM. Don Joaquin, por compasion!...
(Volviendo al primer término.)
no me atrevo á comprender...
¡si es burla!...

AMPARO. No puede ser!
(Levantándose y cogiéndole las manos á su padre.)

JOAQUIN. Tengo cara de burlon?

RAIM. Luego es verdad!

JOAQUIN. Y es torpeza
no entender lo que le explico.
Está visto que este chico
(Á Amparo cariñosamente.)
ha perdido la cabeza.

RAIM. De manera?... (Con ansía.)

JOAQUIN. Que es merced
si usted me entiende.

AMPARO. Yo sí. (Con alegría.)

JOAQUIN. Pues claro, siempre creí
que era más lista que usted.

RAIM. Me tienen mis desventuras
de tal modo acostumbrado,
que jamás he sospechado
ni contentos, ni venturas.
Siempre acudo como reo,
áun sin serlo, á donde acudo:
las desgracias no las dudo,
las dichas nunca las creo,
y por eso la verdad
pido desnuda y patente:
ó yo me vuelvo demente,
ó hable usted con claridad.

JOAQUIN. Quiere hacernos el favor
de casarse con Amparo?
si no está bastante claro
no sé decirlo mejor. (Amparo se abraza á él.)

RAIM. Qué es esto!
(Oprimiéndose la cabeza entre las manos y sin dar
crédito á tanta dicha.)

JOAQUIN. Aunque no le cuadre,
si al fin lo pudo entender,
esto es tener ya mujer,
(Presentándole á su hija.)
y ademas un suegro. (Presentándose.)

RAIM. Un padre!
(Se precipita en sus brazos. Pausa. Momentos de expansion.)
Yo soy pobre...
(Todavía entre los brazos de D. Joaquin y con voz ahogada.)

JOAQUIN. Yo soy rico:
natural compensacion.

RAIM. Y qué dirá la opinion?...

JOAQUIN. Eso ya no me lo explico.
(Separándose de Raimundo.)
La quiere con honradez?

RAIM. La quiero con toda el alma.

JOAQUIN. Recobre entónces su calma
y muestre á todos su tez:
lo demás fuera demencia.
Las manchas sobre la frente
nunca las pone la gente,
que vienen de la conciencia.

RAIM. Es verdad!... seré dichoso!
dichoso!... y ella!... mi Amparo!...
si no es posible!

AMPARO. Declaro
que un sabio más caviloso
ni hubo, ni hay, ni puede haber!

RAIM. Si ya le creo.
(Á Amparo refiriéndose á D. Joaquin.)

JOAQUIN. Por fin!

RAIM. Mas verá usted, don Joaquin,
que al cabo no puede ser..
No importa, sea ó no sea;
logre ó no logre mi afan;
ya me arrastre el huracan,
ya goce la luz febea
entre la turba dichosa,
y al fin encuentre mi anhelo
algun pedazo de cielo,

yo le prometo una cosa.
Que en tanto que exista unida
al cuerpo el alma en mi ser,
si puedo, con mi poder,
si no puedo, con mi vida,
con la fuerza de mis brazos,
con la sangre de mis venas,
con mis dichas, con mis penas,
atando ó rompiendo lazos
sin compasion ni merced,
seré, señor, por entero,
hijo, amigo, compañero,
no, más!... esclavo de usted!

JOAQUIN. Eres en todo extremado.

AMPARO. En eso tiene razon.

JOAQUIN. No mas exageracion:
dicho, y hecho, y acordado.

RAIM. Fué usted, señor, en el mundo,
el único, desde niño,
en quien encontró cariño
este mísero Raimundo.
Me lo está gritando aquí
el corazon de mil modos.
Cuando á usted le falten todos ..
¡acuérdese usted de mí!

ESCENA VII.

AMPARO, RAIMUNDO, D. JOAQUIN, PEDRO por el fondo.

JOAQUIN. Qué quieres, Pedro?

PEDRO. Señor...

JOAQUIN. ¿Me buscan?

PEDRO. Otra visita.

JOAQUIN. ¿Quién es?

PEDRO. Una señorita.
Digo... haciéndola favor;
porque viene tan humilde!...
tan pobre! mejor dijera.
En fin, como si lo viera,
y no es porque yo la tilde,
mas pedigüeña parece.

JOAQUIN. Y pretende ver?...
PEDRO. Es claro,
á la señorita Amparo.
La despido?
AMPARO. No. Merece
de seguro compasion.
Dile que pase al momento. (Sale Pedro.)

ESCENA VIII.

AMPARO, RAIMUNDO, D. JOAQUIN.

AMPARO. Esta alegría que siento
rebosar del corazon,
como no sentí jamás,
pues álguien la necesita,
me parece obra bendita
partirla con los demas.
JOAQUIN. Dices bien. Adios. (Á su hija.)
Adios. (Á Raimundo.)
Y á esa infeliz que os espera,
á ver si encontrais manera
de amparar entre los dos.
RAIM. Don Joaquin... (Estrechándole las manos.)
JOAQUIN. Basta: silencio.
Despues comeremos juntos.
Ahora tengo unos asuntos,
con un señor don Prudencio!
(Sorpresa muda de Raimundo. D. Joaquin le da una palmada en el hombro y sale por la derecha, riendo bondadosamente.)

ESCENA IX.

AMPARO, RAIMUNDO, despues DOLORES por el fondo y vestida de negro.

RAIM. Amparo!... Amparo!... (Con pasion.)
AMPARO. Y el viaje?
RAIM. Al cielo! pero contigo.
(Aparece en el fondo Dolores y se detiene con timidez.)
AMPARO. Basta. Tenemos testigo.

RAIM. (Pobre niña!) (Ap.)
AMPARO. (Ap. Pausa.) (Humilde traje.)
Acérquese sin temor. (En voz alta.)
DOLORES. Siempre hermosa como un cielo!
AMPARO. Esa voz!... esa mirada!...
DOLORES. Ya me olvidaste?
AMPARO. Ese acento!...
DOLORES. Pero mi nombre? Mi nombre
se borró de tus recuerdos!
AMPARO. No, mi Dolores! (Abriéndole los brazos.)
DOLORES. Amparo!
(Se abrazan con infantil expansion.)
AMPARO. Cuánto tiempo!
DOLORES. Cuánto tiempo!
AMPARO. Otro abrazo, niña mia.
DOLORES. Otro abrazo y otro beso.
AMPARO. Tú, linda como un arcángel.
DOLORES. Tú, bella como un lucero.
AMPARO. Hace ocho años!
DOLORES. Si no es más!
AMPARO. Tú saliste del colegio...
DOLORES. Un año despues que tú,
que fué un siglo!
AMPARO. (Riendo.) Ya lo creo.
Pobre Lola!
DOLORES. Pobre Amparo!
Qué tristezas!... qué sucesos!
AMPARO. Cuenta, cuenta: junto á mí
tus penas tendrán consuelo.
(La lleva al sofá: se sientan muy juntas y haciéndose muchos mimos. Raimundo á cierta distancia.)
DOLORES. Tú, siempre tan cariñosa!
AMPARO. Siempre soñando y queriendo.
DOLORES. Pero nosotras hablando,
(Reparando en Raimundo: este saluda inclinándose: Lola lo mismo.)
sin ver que ese caballero...
AMPARO. Es amigo de confianza.
(Ap. á Lola.) (Y tiene mucho talento!)
Abogado de gran nombre!
(En voz alta: movimiento de Lola.)
RAIM. (Ap.) (En cuanto tenga algun pleito.)

AMPARO. Secretario de mi padre.
(Ap. á Lola.) (Y su socio. Y es más bueno!)
(Alto.) En fin, como de la casa.
(No comprendes?) (Ap. á Lola con malicia.)
DOLORES. (Ap. á Amparo) (Ya comprendo.)
RAIM. No quisiera ser estorbo (Aproximándose.)
á expansiones y recuerdos...
Si ustedes me dan su venia...
AMPARO. Para qué?
(Poco dispuesta á dejarle ir y con cierto tono de autoridad.)
DOLORES. No: yo le ruego
que se detenga un instante,
y que escuche lo que tengo
que referir á mi amiga;
que necesito consejos,
y si es abuso el pedirlos,
fuera ventura obtenerlos.
RAIM. Señorita, áun cuando yo
poco valgo y nada puedo,
desde ahora estoy á sus órdenes,
y sus órdenes espero. (Inclinándose.)
Que si es deber de mi oficio,
desdichas, que aun no penetro,
amparar, y como dama
tiene ademas buen derecho,
para acudir á quien es,
aunque humilde, caballero;
por ser amiga de Amparo
más obligado me siento.
DOLORES. Gracias.
AMPARO. (Ap. á Dolores.) (Repara que amable!)
Ah!... perdona!... no recuerdo
si os he presentado: aguarda.
(Levantándose y con solemnidad infantil.)
Don Raimundo de Varnuevo.
La señorita Dolores
de Medina.
DOLORES. (Á Raimundo.) Yo agradezco
su bondad, y de mi Amparo
me *amparo* si le molesto.
AMPARO. (Volviendo á sentarse y cogiendo las dos manos á

Dolores.)
La historia de tus desdichas
sin detenerte un momento!
Lo que tardes en contarlas,
eso no más tardaremos,
en sentirlas cual las sientes
y en procurarles remedio.
Y usted venga aquí, á mi lado:
en esa silla y silencio.
Escuche y discurra bien,
apure usted su talento,
que no sabe todavía
lo mucho que yo la quiero.
(Todo esto acariciando á Dolores y haciendo que Raimundo se siente junto á ella. El órden de los personajes es, pues, de izquierda del espectador á derecha, el siguiente: Raimundo en una silla, Amparo y Lola en el sofá.)
Conque principia, Dolores.
Te sacaron del colegio
y te llevaron...

DOLORES. Á Cuba.

AMPARO. Ah!...
(Deteniendo á Lola y volviéndose á Raimundo.)
Su padre era un banquero
de gran fortuna y gran nombre
y de muchísimo crédito;
y áun él y papá presumo,
que íntimos amigos fueron.
Digo esto para ponerle (Volviéndose á Lola.)
en autos. Sigue tu cuento.

DOLORES. Llegué á Cuba, niña mia,
que fué abismo más que puerto,
que en la Habana, á mi esperanza
echaron sayal de duelo.
Mi madre muerta: mi padre
arruinado, ó poco ménos.
Malos negocios, y quiebras,
y qué sé yo, que no entiendo
de estas cosas, á su casa
á tal situacion trajeron,
que abandonó los asuntos,

dió por perdido su crédito,
y de todos sus caudales,
un millon, mezquino resto
de la pasada opulencia,
con trabajo recogiendo
estaba el pobre... ¡Dios mio!...
(Acongojándose.)
ya preparado y dispuesto,
en cuanto llegase yo
á dejar el patrio suelo,
buscando nuevo horizonte
y tomando rumbos nuevos.
Pero hay niña, que por algo
nombre de Dolores llevo,
y ni me deja mi nombre,
ni con él me dejan ellos!

AMPARO. Es más buena! (Á Raimundo.) Pobrecilla!
No sabes cuánto te quiero!

DOLORES. La víspera de llegar...
¡mira el destino que negro!...
al despacho de mi padre
un hombre con gran misterio
hizo que le condujesen ..
¡se trataba de un secreto!...
Lo que pasó no se sabe:
hubo lucha y quedó muerto
mi pobre padre! ¡Ay Amparo!
salté á tierra sólo á tiempo,
de dar un beso al cadáver,
y de ver salir su entierro!
(Oculta el rostro entre las manos y llora.)

AMPARO. Pobre Lola! seca el llanto: (Consolándola.)
mira, juntas viviremos:
si perdiste una familia,
otra familia te ofrezco:
haz cuenta, niña adorada,
que estamos en el colegio,
sin *deberes* ni lecciones,
sin exámenes ni encierros.
Ya verás cuánta alegría!
Y usted qué dice? (Á Raimundo.)

RAIM. Yo apruebo

que al ángel de los dolores,
el ángel de los consuelos
tienda sus brazos, Amparo,
y oprima contra su pecho.

AMPARO. Está bien. (Á Raimundo.)
Y ahora concluye. (Á Lola.)

DOLORES. Perdona, niña, que empiezo.
Quedamos mi hermano y yo
solos, sin casa ni deudos:
yo quince años y el catorce,
en la miseria!...

AMPARO. Dios bueno!

DOLORES. Porque olvidaba decirte,
que el asesino...

AMPARO. Ya entiendo.

DOLORES. Del despacho de mi padre
llevóse el millon entero,
que en billetes preparado
encontró para su intento.

AMPARO. Y no se supo?...

DOLORES. Jamás.
Fué arrastrándose el proceso
y cargándose de folios,
y hoy tengo, niña, por cierto,
que ni de él se ocupa nadie,
ni nadie logra entenderlo.

AMPARO. Qué injusticia! No ve usted? (Á Raimundo.)

DOLORES. Tomás, el que fué cajero
de mi padre, compasion
tuvo de los pobres húerfanos,
y nos recogió en su casa
y el miserable sustento
dividió de sus dos hijos
con los hijos de su dueño.

AMPARO. Quedasteis en Cuba?

DOLORES. No.
Tomás consiguió un empleo
en Puerto-Rico y allá
hemos pasado este tiempo.

AMPARO. Noble corazon! gran alma!
el mundo no es tan perverso.
Sigue, niña de mi vida.

Habla de Tomás.

DOLORES. Ha muerto
hace dos meses: y he aquí
de mi consulta el objeto.
(Volviéndose á Raimundo.)

RAIM. Pues escucho atentamente.

AMPARO. (Á Lola.) Yo ni á respirar me atrevo.

DOLORES. Ya Tomás en la agonía
me hizo acercar á su lecho;
y los dos solos; la noche
enlutando el aposento;
una triste lamparilla
mortecina y sin reflejos
bajo un Cristo de marfil,
que aun me parece estar viendo;
en los labios de Tomás
descoloridos y secos
los apagados quejidos
que preceden al silencio;
y lágrimas en mis ojos,
y congojas en mi pecho...
así me dijo: «Dolores,
»bajo mi almohada hay un pliego..
»tómalo cuando yo muera:..
»está cerrado, y te advierto
»que no has de abrirlo. Lo juras?
»Lo juro, dije. Y no quiero
»que esto lo sepa tu hermano,
»agregó, porque le temo.
»Es noble, pero imprudente:
»honrado, pero violento.
»Ya sé que vais á Madrid:
»un abogado discreto,
»un hombre de corazon,
»de carácter puro y recto
»has de buscar cuando llegues;
»y á él sólo, con gran secreto,
»le entregas ese papel.
»Despues sigues su consejo:
»Si *él* te dice, *no es bastante*,
»arrójalo al punto al fuego,
»y no busques más desdichas

»que sobran las que te dejo.
»Si *él*, otro rumbo te marca,
»quizá, niña, el testamento
»del pobre Tomás será,
»y así lo permita el cielo,
»la venganza de tu padre
»y el porvenir de sus huérfanos.»
Esto dijo y me pidió
casi por señas un beso.
Miré unos ojos inmóviles,
besé una frente de hielo,
apreté unas manos rígidas,
despues... pasó mucho tiempo...
se apagó la luz de pronto,
todo fué sombra y silencio,
y pensé por vez segunda
llorar á mi padre muerto.

AMPARO. Y el papel? (Con interés sumo.)

DOLORES. Lo traigo aquí. (Sacando un pliego.

AMPARO. Pues aquí está el consejero,
que Julian hizo el retrato
y el parecido es perfecto.

DOLORES. Si él acepta?

RAIM. Cómo no?
si su confianza merezco.

DOLORES. Y mi gratitud con ella. (Dándole el papel.)

AMPARO. Pues pronto á romper el pliego.

RAIM. Si ustedes permiten...

AMPARO. Sí,
y pronto.

DOLORES. Yo dudo y temo.

(Raimundo se dirige á la mesita de la izquierda; se sienta en el sillon ó queda en pié junto á ella, rompe el sobre y saca una carta bastante extensa y otro pliego cerrado: pone este último sobre la mesa despues de arrojar el sobre y comienza á leer para sí la carta. Dolores y Amparo en el sofá, hablando en voz algo baja para no molestar á Raimundo.)

AMPARO. Tú verás, niña del alma.

DOLORES. En fin... si me favoreces...

AMPARO. Acaso no lo mereces? (Abrazándola.)

DOLORES. Por quererte. (Lo mismo.)
AMPARO. Y mucha calma.
Lo que él opine y no más.
DOLORES. Lo que él disponga ha de ser.
AMPARO. Tratándose del deber
no retrocede jamás.
Como él te diga, *adelante*!
Adelante sin temor.
Su divisa es *el honor*!...
la de un caballero andante!
Proteger al desvalido!...
luchar con el poderoso!...
es el sueño más hermoso
que en sus sueños ha tenido!
Por eso le quiero tanto!...
porque tú comprendes bien...
pero ¡ay Dolores! tambien
me ha costado mucho llanto!
Qué dice?
(En voz alta volviéndose á Raimundo.)
RAIM. Tomás presume
conocer al asesino.
AMPARO. Pues entónces no adivino
su silencio.
RAIM. Bien resume, (Mostrando la carta.
y con razon ó malicia,
las causas de su tardanza.
Le inspira poca confianza
de los hombres la justicia.
«*El del golpe* es poderoso, (Leyendo.)
»y siempre mostró de sobra,
»que en poniéndose á la obra
»no peca de escrupuloso.
»Si yo me hubiese mezclado,
»agrega, en aquel proceso,
»viejo y pobre, y poco seso...
»ya me hubiesen aplastado.
»Sus hijos... tiene otro ver.
»Yo aligero mi conciencia.
»Lo que en mí fuera imprudencia,
»es quizá en ellos deber.»
DOLORES. Pero existen pruebas?

RAIM. Sí.
En este pliego cerrado.
(Enseñando el de la mesa.)
Tres cartas que ha conservado
del matador. Pone aquí (En la carta.)
que contienen amenazas.
Cita otros muchos indicios...
Pero á qué buscar resquicios
ni á que combinar más trazas?
El nombre dijo á Tomás
su padre de usté espirante,
prueba clara y terminante
si se agrega á las demas.
AMPARO. Pues eso á mi ver es todo. (Con afan.)
DOLORES. Eso es lo que mas importa.
AMPARO. Á la larga ó á la corta
(Á Dolores en tono triunfante.)
daremos con él.
DOLORES. De modo?...
RAIM. Que Tomás así lo afirma
por su eterna salvacion
y aquí su declaracion
(Poniendo la mano sobre el pliego.)
dice que está con su firma.
«Si esto basta, añade luego,
(Leyendo la carta.)
»al juzgado y á la audiencia:
»si no es bastante, paciencia,
»mis papelotes al fuego.»
DOLORES. Pues con eso hay duda?
RAIM. No.
Y al fin la justicia humana (Con energía.)
no será palabra vana,
como el anciano pensó.
DOLORES. Pero el nombre?
RAIM. En este pliego,
(Con la creciente escitacion de la lucha.)
con las pruebas que he citado.
AMPARO. Y está cerrado?
RAIM. Cerrado.
Debo abrirlo?
(Á Dolores, cogiendo el papel febrilmente.)

AMPARO. Desde luego.
RAIM. Perdone usted. (Á Amparo sonriendo.)
Aunque es mucha
su autoridad, yo quisiera
que Dolores decidiera.
DOLORES. Qué me aconseja?
RAIM. (Con resolucion.) La lucha!
DOLORES. La razon es nuestra?
RAIM. Sí.
DOLORES. Las armas buenas?
RAIM. Tambien.
DOLORES. Usted será?...
AMPARO. Tu sosten,
niña mia. (Á Dolores.)
No es así? (Á Raimundo.)
RAIM. *Se lo juro*, y no hay temor,
que yo jamás he faltado,
ni á juramento empeñado,
ni á compromiso de honor.
AMPARO. Qué decides? (Á Dolores con solicitud.)
DOLORES. No lo sé.
AMPARO. No comprendo tus temores!
Por qué vacilas, Dolores?
DOLORES, No es que me falta la fé;
no es que me arredra el camino;
no es que el riesgo me repele;
ni es tampoco que no anhele
castigar al asesino.
Es que temo por mi hermano
(En tono confidencial.)
y su carácter violento.
AMPARO. Quita allá! En cualquier momento,
no estaremos á la mano,
como quien dice... ¡pues no!
y de mil diversos modos,
para contenerle todos...
RAIM. Para defenderle yo.
DOLORES. Dicen bien: es la verdad.
RAIM. Sin embargo, el influir (Conteniéndose.)
es grave...
DOLORES. Mas consentir
de ese hombre la impunidad...

AMPARO. Tiene razon.
(Á Raimundo, señalando á Dolores.)
RAIM. De manera?...
(Con el pliego en la mano y dispuesto á ejecutar las órdenas de Lola, pero febril y ansioso.)
DOLORES. Que vencí mi timidez.
Rompa el sobre de una vez,
y sea lo que Dios quiera.
(Raimundo vuelve á la mesa, rompe el pliego y saca varios papeles, que comienza á leer.)

ESCENA X Y ÚLTIMA.

AMPARO, DOLORES, RAIMUNDO, D. JOAQUIN por la derecha.

JOAQUIN. Señorita... (Saludando á Lola.)
AMPARO. Bien por Dios!
no es ese el nombre.
JOAQUIN. Creí...
AMPARO. Una hija tuviste? (Señalándose á sí misma.)
JOAQUIN. (Riendo.) Sí.
AMPARO. Pues mira, ya tienes dos.
(Señalando á Dolores.)
Son nuevos y dulces lazos,
y aunque el suceso te asombre,
en cuanto diga su nombre,
vas á tenderle los brazos.
Conque vamos... adivina.
Fué en el colegio... mi hermana;
(Como quien pone un acertijo.)
su padre murió... en la Habana;
y es... Dolores de Medina!
(D. Joaquin vacila. En tanto Raimundo lee con ansia.)
Por qué, padre, palideces!...
por qué tu mirada inquieta!...
RAIM. (Leyendo.) Jesús!... Joaquin de Barrieta!...
JOAQUIN. Medina!... Jesús mil veces!
(D. Joaquin cae desplomado en el sofá cubriéndose el rostro con las manos: su hija se precipita á

él dando un grito. Dolores se aproxima como á socorrerle. Raimundo queda en pié al otro extremo, con el papel en la mano, mirando con espanto el grupo de la izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa el despacho de Raimundo: modesto, casi pobre. Al fondo una puerta. Otras dos á la derecha, en primero y segundo término. Á la izquierda, en primer término, una chimenea encendida: en segundo un balcon. Estantes de pino con libros. En primer término una modesta mesa de despacho; un quinqué encendido y un pequeño retrato, sobre ella.

ESCENA PRIMERA.

PRUDENCIO.

Cuando todo iba tan bien,
cuando la suerte cansada
de perseguirnos, volvía
hácia nosotros la cara
y esa boda el porvenir
para siempre aseguraba,
es coincidencia cruel
de Dolores la llegada
con sus tristezas, sus penas,
y sus antíguas desgracias.
Y aun el incendio está oculto,
pero si estalla!... y estalla
de fijo, que es imposible
que esta situacion extraña

se prolongue por más tiempo.
Dolores le va á la caza
al secreto: y si su hermano,
que segun noticia exacta,
ántes que ser racional,
es un tigre de Bengala,
y que hoy, por dicha de todos,
allá en Madrid se desbrava,
llega de pronto, y las pruebas
exige, pide y reclama...
Yo no sé!... yo me atosigo!...
y sobre todo me espanta
pensar en Raimundo! Aquella
cabeza sublime y vana,
donde han metido los libros
más nieblas y mas fantasmas,
y más balumba de frases,
y más golpe de palabras,
que caben en los abismos
insondables de la nada,
¿qué proyectos estará
combinando? ¡Vírgen santa!
Es preciso prevenir (Con impacien cia.)
ántes hoy, que no mañana,
algun arranque romántico
de ese chico: y es cachaza
la de don Joaquin que vé,
como el nubarron avanza,
sin prepararse á luchar,
sin ocuparse de nada;
frío, triste, silencioso,
envuelto en fúnebre calma,
por clásico fatalismo,
ó resignacion cristiana.
Amparo todo lo ignora:
mal hecho: si ella no alcanza
de Raimundo lo que es justo
¿quién sus delirios ataja?
Ella viene... (Mirando á la derecha.)
Yo me lanzo:
despues me darán las gracias
Dicen que soy egoista!

pues en esta vida humana,
toda realidad y lucha,
y fuerza y á veces maña,
¿no sienta plaza de necio,
quien sienta de santo plaza?
Yo soy honrado tambien,
ninguno en serlo me gana;
pero lo soy á mi modo,
sin calentura romántica:
lo soy al uso y costumbre,
entre la gente sensata.
Hombres perfectos no existen,
ni hacen tampoco gran falta.
Y en fin, no son necesarios,
limitándome á mi casa,
para un cuarto tan pequeño,
ni mas santos, ni mas santas.
Tenemos uno: Raimundo.
Bien está, con ese basta,
y aun en la ocasion presente
se me antoja que sobraba.

ESCENA II.

PRUDENCIO, AMPARO segunda puerta de la derecha

AMPARO. Y Raimundo, no ha venido
todavía?
PRUD. No.
AMPARO. Bien tarda.
PRUD. Pero cómo deja usted
á la enferma? (Señalando á la derecha.)
AMPARO. Quedan Clara,
y Dolores, y mi padre.
PRUD. Pues de seguro la anciana,
entre las visitas todas
que entretienen su velada,
es la de usted, niña mia,
la que prefiere. Del alma
predilecciones.
AMPARO. Dios mio,
es tan buena!

(Dice esto como distraida y se aproxima al balcon.)
Qué enlutada
está la noche! Y Raimundo?
(Volviendo al primer término y sentándose junto á la mesa.)
Tengo una tristeza! un ansia!
Yo no sé; pero hace dias
que presiento una desgracia.
Por qué no vuelve?

PRUD. Quién sabe!

AMPARO. Pero señor, por qué causa
todos á mi alrededor
están tristes? Por qué amargan
de esta manera mis dichas?
Usted lo sabe?
(Pequeña pausa. Prudencio queda como indeciso.)
Pues vaya,
si lo sabe, dígalo.

PRUD. Pero y si usted se me enfada?

AMPARO. Luego hay algo?

PRUD. Pero usted
qué nota?

AMPARO. Pues cosas vagas...
no sé qué! mucha tristeza!
Mi padre ya ni repara
en mí: digo mal, evita
mi presencia: se me escapa
de entre los brazos, y á veces...
será ilusion... una lágrima
me parece que su mano
seca en la mejilla pálida.
Á Raimundo no le veo:
¡dos veces esta semana!
de modo que á tercer turno
su amor me tiene abonada.
Pues Dolores... no se diga!
vamos; y en ella la causa
se comprende. Mire usted,
esta es otra! Qué le pasa
á Raimundo? Tanto fuego!
tanto entusiasmo! tan brava
resolucion de luchar

por la justicia!... Apurada
me tiene Lola; y su hermano...
¡qué cartas, señor, qué cartas!
Créame usted, don Prudencio:
hay insultos y amenazas!
Dos meses desde aquel dia!...
y Raimundo, ni palabra!
Lola y Baltasar ya dudan
(En voz baja y con angustia.)
de su buena fé!

PRUD. Villana
sospecha!

AMPARO. Pues claro está!
si conoceré yo el alma
de Raimundo!... Pero ellos!
Cómo inspirarles confianza,
sin decir: «esto resulta.»
Vamos, me dan unas ganas
de llorar!... «El matador,
»decía ayer una carta
«de Baltasar, si es tan rico
»tiene la causa ganada:
»á no ser, Lola, que sea
»tu abogado tal alhaja
»de saber y rectitud,
»como tu amiga de infancia
»afirma, que podrá ser,
»pero con verlo me basta.»
¡Y así siempre, la íronía
y la cólera alternadas!
Mire usted, me dió una angustia
en el pecho!... y en la cara,
como si me hubiesen puesto
al ladito de una fragua!...
y me marché muy de prisa
porque no viese mis lágrimas.
No puede seguirse así:
su reputacion!... su fama!
Es preciso que se explique...

PRUD. Bien pensado.

AMPARO. Quiero al alma
hablarle.

PRUD. Y hará usted bien.
AMPARO. Y le exijo que mañana!...
esta noche!... los papeles...
esas pruebas desdichadas...
PRUD. Buen instinto! por ahí va! (*Con interés.*)
puso usté el dedo en la llaga!
AMPARO. Sin vacilacion entregue...
PRUD. Á quién?
AMPARO. Á Lola.
PRUD. (*Con violencia.*) Insensata!
eso nunca!
AMPARO. Don Prudencio!...
(*Levantándose con ímpetu. Despues los dos vienen al proscenio.*)
PRUD. Perdone usted.
AMPARO. Pero...
PRUD. Calma.
Entregarlos, sí.
AMPARO. Pues bien:...
PRUD. Y muy de prisa... á las llamas!
(*Señalando la chimenea.*)
AMPARO. Qué dice usted!... Un depósito
sagrado!
PRUD. Qué en esas áscuas
arderá de igual manera
que la cosa más profana.
AMPARO. Usted me aconseja?... (*Con asombro.*)
PRUD. Sí.
AMPARO. (*Ap.*) (Perdió el juicio!)
PRUD. (*Ap.*) (Ya se alarma.)
Ya dimos el primer paso.
Pobre niña! Está inmutada.
AMPARO. Propone usted un delirio.
Tal crímen!...
PRUD. Que nos espanta
porque ignoramos su orígen,
y ademas sus circunstancias.
(*Con tono insinuante y confidencial.*)
AMPARO. Y usted sabe?...
(*Acercándose á él con curiosidad.*)
PRUD. Ya lo creo!
Si Raimundo en esta casa

para mí no tiene nunca
secretos.

AMPARO. (Con cierta ironía.) Pues yo pensaba...

PRUD. Ó bien á bien me los cuenta,
ó yo con astucia y maña
me entero de cuanto ocurre.
Aquella pasion volcánica
(Con intencion maliciosa.)
por una niña hechicera
no la supe? (Amparo se sonroja.)
Pues las cartas (Resueltamente.)
he visto.

AMPARO. (Con afan.) Y el nombre?

PRUD. Justo.
Y la historia es algo larga,
pero la sé.

AMPARO. Gran milagro!
Pues quién la ignora? una infamia!
(Con energía.)

PRUD. Sobre eso hay mucho que hablar.
Poco á poco y ménos saña!
No hay más que arruinar á un hombre?...
Si no razon, hubo causa... (Con misterio.)
Yo, con toda mi prudencia,
cuando la quiebra de marras,
si hubiese tenido al mozo
á mi alcance, me las paga!
Con esto quiero decir
que hay manchas... que no son manchas,
ó que bien pueden lavarse
con toda una vida honrada.

AMPARO. Las de la sangre tal vez; (Con energía.)
las del oro no se lavan:
y aquel hombre puso mano
en una vida y un arca!

PRUD. (Ap.) (Y quizá pensaba en ella!...
en la hija suya arruinada!...
acometa usted por nadie
peligros y empresas árduas!)
Silencio! Si don Joaquin
(Alto y mirando á la derecha.)
nos oyese!

AMPARO. (Con naturalidad y conviccion.)
Me apoyara:
esto mismo que á usted digo,
le dije ayer.

PRUD. Vírgen santa!
Y él entónces?

AMPARO. Sonrió
con esa sonrisa amarga
de estos dias, murmurando:
«Tienes razon; el que caiga
»tan bajo, tan sólo en esto
»encuentra salida franca.»
Y con la noble fiereza,
que entre su aureola de canas,
arde siempre... dió unos golpes,
así... fuertes!... en la caja
(Imitando los golpes.)
de dos hermosas pistolas,
que de limpiar acababa.
Más lindas!... y más brillantes!...
(Con la ligereza infantil que le es propia.)
con más adornos de plata!

PRUD. Calle usté, Amparo, por Dios!

AMPARO. Pues no! para que aceptara
esas teorías, que usted
tan cabales encontraba!

PRUD. (Acercándose á ella y hablando con interés y misterio.)
Le quiere mucho?

AMPARO. Á mi padre?
quererle?... con toda el alma!

PRUD. Pues quien esas cosas dice...
y las repite... le mata! (Con energía.)

AMPARO. Á mi padre!... Don Prudencio!...
(Pequeña pausa. Amparo retrocede con espanto.)
Acaso él conoce!... el ama
(Dice todo esto preparándose para la transicion y vislumbrando la verdad.)
al miserable asesino!...
Es decir... yo no pensaba
que un hombre como mi padre...
á ese desgraciado... Vaya

si su estimacion merece...
estaré yo equivocada...
Pero su nombre ¿cuál es?
(Acercándose y preguntando con terror.)

PRUD. Valor! (Cogiéndole las manos.)

AMPARO. Don Prudencio!...

PRUD. Y calma.
Arranque usted á Raimundo
(Al oido y con profunda intencion.)
esas pruebas... y á las llamas!

AMPARO. Ay Dios del cielo!... no sé
lo que siento!... Usted me engaña!...
Y sabe tambien mi padre?...

PRUD. Todo.

AMPARO. Y él quiere?...

PRUD. (Con resolucion y energía.) Le salva
quien destruya esos papeles!

AMPARO. Qué dice usted?... Virgen santa!...
No es verdad!... que venga!... padre!
(Llamando.)

PRUD. Silencio!

AMPARO. Jesús me valga!
(Cae en el sillon y se tapa el rostro con las manos sollozando.)
No es cierto!... Sí es cierto!... sí!
Por eso Raimundo!...

PRUD. Basta.
(Mirando con recelo á la derecha por si vienen.)

AMPARO. Me ahoga el llanto!... padre mio!
aquella mano manchada!...
No importa... le quiero mucho...
ay padre!... padre del alma!
(Rompe a llorar de nuevo.)

ESCENA III.

AMPARO, D. PRUDENCIO, D. JOAQUIN, por la derecha.

PRUD. Es él!...

AMPARO. Es él!... Ay! Dios mio!...
si no es verdad esa infamia!...

si no puede ser!...
(Corriendo á su encuentro y abrazándole.)

JOAQUIN. (Con sobresalto.) Amparo!...
qué tienes?

AMPARO. Qué tengo? Nada;
pues no ves cómo te ciño
los brazos?

JOAQUIN. Pero esas lágrimas!...

AMPARO. Yo soy niña caprichosa!...
tan mimada!... tan mimada!...
Ya lo ves... tuya es la culpa.
Ya lo sabes... son mis mañas.
Que lloro!... pues tú verás
qué pronto mis ojos pasan
del llanto que los anubla
á la luz que los aclara.

JOAQUIN. No; tienes algo.

AMPARO. Sí tengo,
y he de decirlo.

JOAQUIN. (Con ansiedad.) Pues habla.

AMPARO. Pero á solas... ven conmigo:
los dos al cuarto de Clara. (Llevándoselo.)
Perdone usted, don Prudencio.

PRUD. Es natural.

JOAQUIN. (Deteniendo á Amparo y en voz baja.)
Qué desgracia
te han dicho?

AMPARO. No; nada sé.
Vamos pronto.

JOAQUIN. (Con ansiedad.) Tú me engañas!

PRUD. Raimundo pienso que llega.
(Mirando al fondo.)

AMPARO. Lo ves... padre: de esta sala
(Siempre en voz baja.)
salgamos... y mezclaremos
besos, suspiros y lágrimas!...
cuando ninguno nos vea...
hasta entónces... por Dios, calla!

PRUD. Pero qué piensa usted, niña,
decirle? (Deteniéndole y aparte.)

AMPARO. (Á Prudencio y en voz baja.)
Pregunta vana!

Decirle que no se trunca
(Siempre en voz baja.)
nuestro amor de ningun modo!
Decirle que lo sé todo
y que le amo más que nunca!
Decirle que voy á hacer
esas cartas mil pedazos!...
Y llorar entre sus brazos,
por lo que le dije ayer!
(Sale abrazada á su padre por la derecha, primer término.)

ESCENA IV.

PRUDENCIO y RAIMUNDO, este entra por el fondo, abatido y sombrío, y se sienta junto á la mesa.

PRUD. (Acercándose lentamente, tocándole en el hombro, y cuando Raimundo levanta la cabeza, señalándole una carta cerrada.)
Raimundo, viste esa carta?
RAIM. De Baltasar. Ya sospecho (Cogiéndola.)
sus iras ó su despecho:
es la tercera ó la cuarta.
(Abriendo la carta y leyendo algunos párrafos.)
«Mañana espero llegar...
»Le concedo á usted un plazo...
»Y yo jamás amenazo
»por gusto de amenazar.»
(Arroja la carta sobre la mesa.)
PRUD. En aquella habitacion,
Dolores. Y hablarte quiere.
Lo que pretende se infiere.
RAIM. Arrojarme mi traicion
al rostro: no es maravilla,
ni hace falta su presencia.
Ya me muerde en la conciencia,
ya me abrasa la mejilla.
PRUD. Desde el cuarto de tu madre
á ese pasaron...
RAIM. Lo sé.
Pero dílo.

PRUD. Para qué?
RAIM. Ellos?
PRUD. Amparo y su padre.
Buscarán...
RAIM. Es de rigor:
lo adivina mi desdicha:
ó el fantasma de mi dicha
ó los restos de mi honor.
PRUD. Pues es mucho adivinar.
RAIM. Para adivinar, sufrir.
Qué otra cosa han de pedir,
ni qué me resta por dar?
PRUD. Que no ennegrezcas te ruego
tu situacion como sueles.
(Acercándose á él, mirando alrededor y hablándole al oido.)
Se trata de unos papeles...
y si se arrojan al fuego...
(Señalando la chimenea. Raimundo le rechaza. El vuelve á acercarse y habla con tono de desprecio.)
¿No los tienes á la mano? (Tocando la mesa.)
quién los leyó?... quién los tuvo?
¡pues no los hay, si los hubo! (Con energía.)
RAIM. Y Dolores? y su hermano?
(Levantándose: vienen al proscenio.)
Todo fácil... y despues!...
PRUD. Quieres seguir mi consejo!...
RAIM. Es inútil.
PRUD. Pues lo dejo
si es inútil.
RAIM. Sé cual es.
Tú piensas que en este abismo,
(Golpeándose el pecho.)
que se llama corazon,
no sabe hablar la pasion?
no se agita el egoismo?
Para mi angustia y tu gloria
hablan mucho y hablan firme:
lo que tú puedas decirme,
me lo sé yo de memoria.
PRUD. Tanto mejor si es asi.
RAIM. Tanto mejor!

PRUD. Será indicio
de que vas teniendo juicio.

RAIM. Pues empecemos por tí.
(Pausa. Se acerca á Prudencio, le coge por el brazo y habla en voz baja.)
¡Oro y mucho!... en puridad....
trae la boda. Cuanto debo...
á los tuyos.

PRUD. No me atrevo...
(Protestando débilmente.)

RAIM. Sí, por juro de heredad. (Con oculta ironía.)
Que entregue á Dolores todas
las cartas, y por tal suerte,
á la deshonra, á la muerte
á ese anciano... ¡y adios bodas!
Y aunque no lo diga el labio,
pensarás que es cosa seria,
condenarte á la miseria
por escrúpulos de sabio.
Que yo anule sin piedad
tu porvenir, y despues
que le cuente á tu interés
historias de mi lealtad.
(Con una sonrisa sardónica.)

PRUD. Raimundo!...

RAIM. En el blanco toco,
que este, Prudencio, es el caso. (Con dureza.)

PRUD. (Con enojo y acritud: se siente herido y quiere devolver golpe por golpe.)
Es que yo no pienso acaso
en tu madre, pobre loco,
cuando apetezco esos bienes,
que tu vanidad descuida?

RAIM. Oye, me pesa la vida!

PRUD. Ni aun ese recurso tienes.
(Raimundo hace un movimiento para alejarse de Prudencio; este le sigue, encarnizándose cruelmente.)
Á privaciones sin fin
has condenado á esa anciana.
Si tú faltases mañana,
sabio inútil, sabio ruin,

¡bravo consuelo le dejas!
De sus penas el encono,
la miseria, el abandono,
sus lágrimas y sus quejas!
De tus libros el caudal,
que, vive Cristo, que es fuerte,
y por remate la muerte,
la muerte en un hospital!
(Todavía intenta huir Raimundo de aquella tortura; todavía le acosa Prudencio.)

RAIM. No más, Prudencio, no más!
Quién esas cosas te inspira?

PRUD. Ven conmigo, escucha y mira.
(Queriendo llevarle al cuarto de su madre.)

RAIM. Ella!

PRUD. Conque tú verás.
No pensabas en su amor?
Pues fué olvido baladí!

RAIM. Ella nunca pensó en sí,
tratándose de mi honor. (Triste y pensativo.)

PRUD. Entónces...
De todos modos
no me obligues al silencio,
(Al ver un movimiento de impaciencia.)
que en estas cosas, Prudencio,
es bueno escuchar á todos. (Pausa.)

RAIM. Cuando ya puesto el sol, de Barcelona
las calles envolvió nocturna niebla,
me dí á vagar, huyendo de mí mismo,
de la febril ciudad por las arterias.
Menuda lluvia sin cesar bajaba
del alto cielo á la enlodada tierra:
cieno, llanto, negrura, mi alma toda
como en cristal inmenso se refleja.
Un reflejo sin luz! no te da risa?
(Al notar un movimiento de desden en Prudencio.)
pues, sin embargo, yo me ví cual era.
Cansado de pisar negruzco barro,
salí de la ciudad. Con planta inquieta
á la playa bajé, y de las olas
busqué la línea, hundiéndome en la arena.
Arriba todo negro: existe un cielo,

ó es abismo sin fin la sombra espesa?
hubiese preguntado á los espacios
un ser que de repente allí naciera
con su razon formada y con la duda
tigre traidor, acurrucado en ella.
No viendo los celajes del oriente,
¡qué fácil es juzgar la noche eterna!
En frente el mar inmenso y sus rugidos,
imágen de la lucha y de la fuerza;
el mónstruo enorme devorando al débil,
la ola mayor borrando la pequeña.
Es eso todo? existen otras leyes?
pues cuáles son las que mi ser gobiernan?
La lealtad, la justicia y el derecho
realidades serán? serán quimeras?
Un *deber*, por pequeño, por humilde,
por mezquino que al pronto nos parezca,
en la balanza de invisibles mundos,
contra deleites, dichas, muerte ó pena,
por mucho que se ponga en el platillo
del lado opuesto, ¿el fiel se lleva?
ó es el deber engendro caprichoso,
y la balanza va donde más pesa,
cargada de apetitos, intereses,
ambiciones, codicias y materia?
Ántes lo supe, pero allí dudaba
y anegarse sentía mis creencias.
La sombra ante mis ojos: de mis sienes
el vendabal prensando las arterias:
mi cerebro perdido en el vacío:
por base de mi ser tan sólo arena:
y del mar la resaca salpicando,
con sus espumas de amargura inmensa,
mis labios entreabiertos, que gemían
una pregunta, sin hallar respuesta. (Pausa.)
Me comprendes?

PRUD. No á fé: delirio, fiebre,
vanos fantasmas y palabras huecas.
Así se escriben odas, si se sabe;
(Con desprecio.)
mas no se vive así sobre la tierra.
Conque vengamos al fin,

y tus proyectos no veles.
¿Vas á dar esos papeles (Con dureza é imperio.)
á Dolores ó á Joaquin?

RAIM. Me los dió Dolores?
(Lo mismo. En este diálogo creciente animacion y enojo por parte de ambos.)

PRUD. Ella:
no hay quien la verdad eluda.

RAIM. Le pertenecen?

PRUD. Sin duda.
Pero todo lo atropella
cegada por la pasion
y á impulsos de su despecho.

RAIM. Tiene en suma buen derecho.

PRUD. Pero no buena razon.

RAIM. Tú lo dices.

PRUD. Yo lo arguyo.

RAIM. Somos nosotros sus jueces?

PRUD. Pudiera ser.

RAIM. No mil veces!

PRUD. Luego le darás?... (Con sobresalto.)

RAIM. (Con violencia.) Lo suyo.

PRUD. Pues aquí don Joaquin llega:
tu amigo! tu protector!
con que reanima el valor:
aparéjate á la brega:
explícale tu actitud,
y mirándole á la cara,
dile lo que le prepara
tu sublime gratitud.

ESCENA V.

RAIMUNDO, PRUDENCIO, D. JOAQUIN derecha primer término.

PRUD. Ó si es que tu no te atreves
voy á decírselo yo.

RAIM. Decirle que acaso!... (Refiriéndose á si mismo.)
(Retrocediendo.) No!

JOAQUIN. Por qué, si haces lo que debes?
(Sombrío y resignado.)

RAIM. Pues sea, mas yo no cejo
ni te suelto de la mano.
Á solas con ese anciano,
mozo insensato, te dejo.
Á todo lo que él te exija
has de ceder y al instante.
(*Ap.*) (Y si el padre no es bastante
vendrá de refuerzo la hija.) (*Váse.*)

ESCENA VI.

RAIMUNDO, D. JOAQUIN.

JOAQUIN. Pronto y no vaciles más.
Yo sé comprenderlo todo:
puedo bajar hasta el lodo!...
en él quedarme... jamás!
Habla, Raimundo.
RAIM. (*Resueltamente.*) Si!... Yo!
Míreme usted frente á frente:
acaso soy un demente,
pero un miserable, no!
En el fondo de mi ser
una duda se agiganta:
una duda que me espanta
y que no puedo vencer!
Mi lealtad; mi gratitud!...
mi cariño; mi promesa!...
si este abruma, aquella pesa?
qué es infamia, qué es virtud?
JOAQUIN. No sigas: no tiene objeto.
Te protegí. Si has dudado...
con tu duda estoy pagado.
Eres libre por completo.
RAIM. Eso no! que no gobierna
la ingratitud en mi ser!
mi deber es mi deber,
y mi deuda es deuda eterna!
JOAQUIN. Si la quieres recordar
te toca darle valor,
que á costa yo de tu honor

no la pretendo explotar.
RAIM. No por Dios! no me abandone!
mis argumentos destruya!
mejor cuanto más arguya!
Si ninguno se me opone
y en lucha conmigo mismo
me dejan sin compasion,
ó perderé la razon,
ó rodaré en el abismo!
No le dá mi duda espanto?
no le aterra el porvenir!
JOAQUIN. Y qué puedo yo decir?
(Con tristeza y desaliento.)
RAIM. Puede usted decirme tanto!
Que soy ingrato y cruel!...
que soy necio en mi porfía!...
que ninguno dudaría!...
y mil cosas en tropel!
Lo que quiero es que esa calma
pierda usted! que me conmueva!...
El alma, padre, se lleva,
quien sabe hablar con el alma!
Por la sombra de un deber,
torpemente equilibrar,
el mal que puedo causar,
con el bien que puedo hacer!
(Con ironía contra sí mismo.)
Acaso ruines patrañas
que van por malos caminos!
unos papeles mezquinos!
y unas personas extrañas!
Y usté, aunque mi furia ladre
y me muerda á su sabor,
mi amigo, mi bienhechor,
en fin, mi segundo padre.
Salga usted y de pasada
ponga mi duda á cualquiera,
y ya verá que sincera
y expléndida carcajada!
Lo cual prueba y de eso trato,
y lo pruebo de mil modos,
que ó son miserables todos,

ó yo soy un insensato.
No es esto? qué dice usté?
Diga algo por caridad!

JOAQUIN. Que acaso dices verdad...
(Con cierta animacion y dejándose llevar.)
pero que yo no lo sé. (Con nuevo desaliento.)

RAIM. Pero usted, por Belcebú,
qué hiciera?

JOAQUIN. Yo te lo fio:
no atormentarte, hijo mio,
como me atormentas tú.

RAIM. Es que sufro!

JOAQUIN. Cómo no?

RAIM. Es que dudo!

JOAQUIN. Ya lo sé.
Pero Raimundo, por qué
quieres que resuelva yo?
Es crueldad y hasta demencia,
son delirios y áun agravios
pretender que con mis labios
te dicte yo mi sentencia.

RAIM. Agravios?... á mi pesar.
Delirios?... pues qué es vivir?
Crueldades?... ay! en sufrir
quién se me puede igualar?
Dónde hay trance más cruel,
dónde hay conflicto mayor,
dónde hay más fiero dolor,
dónde hay manantial de hiel
que más copioso derrame
en un cerebro insensato?
Usted, que me llama ingrato!
Lola, que me llama infame!
Y uno y otro con razon:
y uno y otro á mi pesar,
sin que lo pueda evitar
ni el alma, ni el corazon.
Si estuviese mi deber
claro, resuelto, patente,
tengo valor suficiente
para decir: ha de ser.
Astros, globos, soles, mundos,

polvo ruin, tosca materia,
escorias, humo, miseria...
ya por cálculos profundos,
ya por palanca y compás,
todo, todo se ha pesado:
y se dice, de este lado
la balanza baja más.
Pero yo quiero saber
con impaciencia febril,
de esta materia sutil
que llamamos *el deber*,
dónde está el peso mayor,
su etérea balanza en dónde,
y ninguno me responde
ni la ciencia, ni el honor!
Y en estos tormentos crueles
siento impulsos en mi sér
de llamar á esa mujer
y entregarle estos papeles.
En buena ley no es mejor
que el honor la gratitud,
y deja de ser virtud,
virtud que mancha el honor.

JOAQUIN. Pues sigue el impulso impío.
Llámala!... Sacia tu sed!...

RAIM. No lo dije por usted!
Perdon!... perdon, padre mio!
(Abrazándose á él. Pausa.)

JOAQUIN. Comprendo tu situacion:
repito lo que te dije:
mira que nada te exige,
Raimundo, mi corazon.
No temas que yo te arguya.
Resuelve tú sin reparo.
De todos modos, mi Amparo...
(Con dulzura, con humildad, con tristeza, casi al oido.)
si tú quieres... será tuya.
Qué más dicha para mí...

RAIM. Padre, mi padre querido!...

JOAQUIN. Que darle tan buen marido...
al ausentarme de aquí.

RAIM. No más!... no más, por favor!
que hablándome de ese modo
voy á olvidarme de todo...
¡hasta de mi propio honor!
(Se abrazan de nuevo profundamente conmovidos.)

ESCENA VII.

RAIMUNDO y D. JOAQUIN abrazados: AMPARO.

AMPARO. (Por la derecha primer término: se detiene un momento al presentarse. Al verla Raimundo y D. Joaquin se separan. El primero queda á la izquierda, el segundo viene á la derecha. Amparo se acerca á su amante. Todo esto segun lo indica el diálogo.)
Se abrazan! ah, cielo santo,
(Ap. desde la puerta.)
y qué bueno es mi Raimundo!
RAIM. Ella:... (Á D. Joaquin..)
JOAQUIN. Qué abismo profundo!
(Separándose.)
AMPARO. Por algo te amaba tanto!
(Acercándose á Raimundo y en voz baja y apasionada: Raimundo la mira con asombro.)
Os he visto desde allí...
Os abrazabais... ¿Por qué?
No lo digas: yo lo sé:
tú no me engañas á mí.
(Todo esto con mezcla de malicia, de alegría y de ternura. Volviéndose á su padre y en voz alta.)
Qué bueno!... qué noble!...
RAIM. Amparo!
AMPARO. Ya sé que le cuesta mucho. (Como ántes.)
RAIM. Si supieras como lucho! (En voz alta.)
Si lo supieras!
AMPARO. Pues claro!
abusar de la confianza
(Á su padre exagerando los méritos de Raimundo.)
que en él pusieron: romper
pruebas que de esa mujer

son en ley!... Ya se me alcanza
que mucho le habrá costado!
Aunque soy niña ligera,
yo discurro á mi manera
y algo tambien he pensado.

RAIM. No: por nada de este mundo! .. (En voz alta)

AMPARO. Justo!... por ningun provecho! (En voz alta.)
Y sin embargo lo has hecho: (En voz baja.)
mayor mérito, Raimundo!
Y ahora hablando en puridad,
(En voz aun más baja, acercándose más á él y observando si les miran.)
al quebrantar tu honradez...
¡tan sólo por esta vez!...
¿por qué ha sido? la verdad.
Dilo... y jura por tu honor;
más... ¡por tu eterna salud!
(Con el tono de niña caprichosa.)
¿ha sido por gratitud?
¿ó algo tambien por amor?
Por mi padre ha sido más?
ó por mi tambien un poco? (Con mimo.)

RAIM. Quieres que me vuelva loco?

AMPARO. Toma!... toma!... no lo estás?
Si adorando á una mujer,
por amor y por ternura
no se hace alguna locura,
¿para que sirve el querer?
(Raimundo le coge las manos, quiere decir algo, declararle la verdad; pero no se resuelve, le aterra el desengaño de Amparo.)
Te extraña!... tú tienes juicio!
los hombres!... bah!... que si quieres!
Nosotras, pobres mujeres,
vivimos del sacrificio.
Triste ley y ley querida,
que por insondable arcano,
es nuestro pan cotidiano,
y es acaso nuestra vida!
Lo que has hecho por papá,
y por tu Amparo tal vez,
una y otra y otra vez

lo hiciera yo. Y ojalá
que la ocasion se presente;
que quiero sufrir por tí
lo que sufriste por mí,
y mucho más!

RAIM. Dios clemente!

AMPARO. Que mi amor es tan profundo!...
¡si el decirlo causa espanto!
que te quiero tanto!... tanto!...
más que á mi padre, Raimundo!

RAIM. Basta! basta!... no por Dios!

AMPARO. Como te debe la vida...
(Como atenuacion de lo que ha dicho.)
en la tuya está fundida...
y en uno, quiero á los dos.

RAIM. Gozo!... y sufro!... y me estremezco!...
(En voz alta y con desesperacion.)
y deliro!... Te lo juro!
Tanto amor, amor tan puro...
¿tú sabes si lo merezco?

AMPARO. (Volviéndose á su padre pero espantada ya del tono de Raimundo.)
Y me adora!... y te salvó!...
y ahora me pregunta á mi!...

RAIM. Pero lo merezco?...

AMPARO. Sí.

RAIM. Pues yo te digo que no!
Y lo repito mil veces!...
Y tranquilo no he de estar...
hasta que te oiga exclamar,
Amparo, que me aborreces!

AMPARO. Que yo te aborrezca?
(Con asombro creciente y con instintivo terror.)

RAIM. Sí.

AMPARO. No comprendo!... (Mirando á todos.)

RAIM. No te asombre!
Nunca te fies de un hombre,
y mucho ménos de mí!
Cuando acudo á mi conciencia,
encuentro un grotesco arcano,
con pasiones de villano,
y levadura de ciencia.

Ni soy traidor, ni leal;
y es que me faltan tambien,
fortaleza para el bien,
y apetitos para el mal!
Felices los que el dolor,
con alguna fé sanean,
y en algo creen, aunque crean
en el absurdo mayor!

AMPARO. Que tú dudas?

RAIM. Ya lo dije.

AMPARO. Qué pretendes?... (Retrocediendo.)

RAIM. Ya te apartas!...

AMPARO. Dar á Dolores las cartas?...
(En voz baja y con terror.)

RAIM. Son suyas y las exige.

AMPARO. (Retrocediendo hasta encontrar á su padre, pero sin perder de vista á Raimundo. Esto queda encomendado á la actriz.)
¿Es cierto lo que le oí, (Á su padre.)
que yo, padre, no lo creo!
(Pausa. Raimundo y D. Joaquin permanecen silenciosos y sombríos. Amparo les mira alternativamente.)
Es cierto!... sí!... (Pequeña pausa.) Ya lo veo...
en él, Dios mio!... y en tí!
(Abrazándose á su padre. Nueva pausa.)
No ha de ser!... ya lo verás!... (Á su padre.)
Raimundo!...
(Llamándole. Raimundo permanece inmóvil.)
¡No se arrepiente!...
Pero ese hombre está demente
ó no me quiso jamás!

JOAQUIN. Raimundo, por compasion!...
apresura tu sentencia!...

AMPARO. Ay, padre, cuánta conciencia,
y qué poco corazon!
(Pausa. Raimundo cae desplomado en el sillon y apoya la cabeza entre las manos y sobre la mesa. Amparo abraza á su padre.)
Padre... tus manos... tu seno!...
Mira, ingrato... si mató, (Á Raimundo.)
fué porque le provocó

un hombre!... pero es muy bueno!
No es esto lo principal?...
De esto es posible que dude?... (Á su padre.)
Y no le amé cuanto pude?...
Pues por qué nos quiere mal?
Vamos. (Llorando, á su padre.)

JOAQUIN. No.

AMPARO. Por compasion!...
Cederá... si ahora resiste.
(Amparo pugna por llevarse á D. Joaquin hácia Raimundo, á pesar de que él se opone débilmente.)

RAIM. De cuantas formas se viste, (Viéndoles venir.)
Dios mio, la tentacion!

AMPARO. Habla, llora, ruega, padre!
rompe tu mortal silencio!
Llamaremos á Prudencio,
llamaremos á su madre.

RAIM. No hay modo que te condene
(Golpeándose el pecho.)
sin condenarme á mí mismo,
corazon, que tu egoismo
harto resguardado viene.
En aquella habitacion
qué sola en cambio Dolores!
Para buscar fiadores
tiene ingenio la traicion!
(Llegan Amparo y su padre á unirse con Raimundo. Debe procurarse que el grupo sea artístico.)

RAIM. Llegó el instante fatal!
(Encogiéndose en el sillon.)

JOAQUIN. Nos temes, Raimundo?

RAIM. Sí.
Pero más me temo á mí
que á vosotros.

JOAQUIN. Haces mal.
Yo soy reo, tú eres juez.

RAIM. Pues de los dos sospechara
quien nos mirase á la cara
al ver nuestra palidez.

AMPARO. Mírale...
(Á Raimundo, señalando la figura abatida de don Joaquin.)

que en vano lucho,
si el verle no te enternece.
Ahora tranquilo parece,
(Inclinándose hácia Raimundo, hablándole al oido, y señalando á su padre.)
¡pero anoche lloró mucho!

RAIM. Padre!... padre!.. (Con profunda emocion.)

AMPARO. De su mano
has recibido la mia;
¡pero, ay triste, que ese dia
pasó!

JOAQUIN. Y está muy lejano.

RAIM. No diga usté eso por Dios!

JOAQUIN. Basta!... cumple tu deber!
Vámonos!... como ha de ser!
(Queriendo llevarse á su hija.)

AMPARO. Ya no nos quiere á los dos!

RAIM. (Vencido al fin y llorando.)
Que yo á tí!... Dios soberano!...
Que yo no quiero á tu padre!...
Por tí!... por él!... (Tomando una resolucion.)

AMPARO. Por tu madre!...
(Señalando hácia la derecha y suplicando con suprema angustia.)

RAIM. Seré traidor y villano!
Qué importa? De todos modos
con la masa me confundo,
que en este mísero mundo
alguna vez lo son todos!
Sacrificarle!... jamás!
(Señalando á D. Joaquin.)
Por un dudoso deber?
Quién me lo ha de agradecer!
Ni aquella mujer quizás!
Venid!
(Haciendo que se acerquen: en todos gran ansiedad.)
Con tu mano pura
da vuelta á esa llave ruin!
(Á Amparo señalándole una llave que ya está en el cajon de la mesa.)
Ya está abierta, don Joaquin!

Qué poco la cerradura
me acompaña en mis quimeras!
No resistió ni un momento!...
Ni se ha hundido el firmamento,
ni han temblado las esferas!
(Abriendo el cajon y sacando los papeles)
Estos son!... Te dan espanto? (Á Amparo.)
No temas... nada receles...
Por unos cuantos papeles
tanta angustia y tanto llanto!
(Con los papeles en la mano.)
Verás sobre aquel tizon
(Señalando la chimenea.)
qué llamarada rogiza!
Y despues, en la ceniza,
que descubran mi traicion!
Si obro mal, que no lo sé,
¿en dónde quedará escrito?
¿en el cielo? ¿en lo infinito?
¡pues á que nadie lo vé!
Ni en dónde tampoco impresos
de esa mujer los agravios?
Será en mi rostro? tus labios
los borrarán con sus besos!
Pretender la perfeccion!
vanidad de vanidades!
allá van las voluntades
donde quiere el corazon!
(Dirigiéndose á la chimenea.)
Aquí en silencio profundo,
con vosotros á mi lado...
¿quién sabe lo que ha pasado?
¡Pues á las llamas!...
(Hace un movimiento para precipitar los papeles en la chimenea. En este momento es cuando aparece Dolores.)

ESCENA VIII.

AMPARO, RAIMUNDO, D. JOAQUIN, DOLORES, por la derecha, segundo término.

DOLORES. Raimundo!

(Todos los personajes de la escena anterior formando un grupo á la izquierda, cerca de la chimenea. Dolores aparece, como queda dicho, en la primera puerta de la derecha; da unos pasos y se detiene. Los demas rodean á Raimundo en ademan de defensa, por decirlo así.)

AMPARO. (En voz alta.) Recuerda lo prometido!
RAIM. Suceda lo que suceda!
DOLORES Tú le pides?... (Á Amparo.)
AMPARO. Que no ceda.
Ya sabes lo que le pido.
DOLORES. Tambien por tí abandonada!
AMPARO. Pues ha de ser de este modo.
Para tí, Dolores, todo;
para tu venganza, nada.
DOLORES. Venganza?. . Justicia!
AMPARO. Muerte!
DOLORES. Este cambio!...
AMPARO. Fué preciso.
DOLORES. Y quién lo quiso?
AMPARO. Lo quiso,
niña del alma, la suerte.
(Pequeña pausa.)
DOLORES. Creyendo que era leal,
á un caballero una dama,
depósito que hoy reclama
le confió.
RAIM. Pues hizo mal
al juzgarle hombre de honor,
y es inútil que reclame;
porque yo sé que es infame,
y le conozco mejor.
DOLORES. Lo dice usted?... (Con asombro.)
RAIM. (Con un ademan.) Mi mejilla.
DOLORES Esto es un sueño!

RAIM. Tal vez.
Mas sueño de tal jaez,
que parece pesadilla!

DOLORES. (Señalando los papeles que Raimundo cons rva en la mano.)
Esos?

RAIM. Estos.

DOLORES. (Dando un paso.) Pues bien...

RAIM. No.

DOLORES. Trata?...

RAIM. (Señalando la chimenea.) De echarlos allí...

DOLORES. Al fuego las pruebas?

RAIM. Sí.
Lo exige...

DOLORES. Quién?

RAIM. (Señalando á Amparo.) Ella.

AMPARO. Yo!
Y cesa en tu afan impío!

DOLORES. Nombre tal no es justo, Amparo.
En mi padre pienso.

AMPARO. Es claro!
pero yo pienso en el mio!

DOLORES. Vírgen pura! Santa Madre!...
Luego es su padre!... (Señalando á D. Joaquin.)

JOAQUIN. Su padre!
(Con desesperacion.)

DOLORES. Jesús!... (Da unos pasos vacilante, como para huir.)

ESCENA IX Y ÚLTIMA.

AMPARO, DOLORES, RAIMUNDO, D. JOAQUIN, BALTASAR.

Raimundo siempre entre Amparo y D. Joaquin, formando los tres un grupo. En el céntro, pero hácia el segundo término, Dolores y Baltasar. Este al entrar ha sostenido entre sus brazos á su hermana que estuvo á punto de caer.

BALT. Lola!

DOLORES. Baltasar!

BALT. Tú vacilas!... son de hielo
tus manos!... tu frente fria!
y en tus ojos, Lola mia,

un triste y opaco velo!...
Qué tienes?... algun cobarde
te llegó á insultar?

DOLORES. (Queriendo llevarle.) No: ven!

BALT. Te han afligido?

DOLORES. Sí.

BALT. Quién?

DOLORES. Ya te lo diré más tarde.
Ahora... vamos... por favor! (Llevándoselo.)

BALT. (Deteniéndose cerca del fondo, volviéndose hácia el grupo de la izquierda y señalando á Raimundo.)
Raimundo es aquel!

RAIM. Raimundo.

BALT. Me lo dijo su profundo
desaliento y mi rencor!
No fué de modo distinto!...
(Mirando á Raimundo.)
Tal como es .. hermana mia,
al pensar cómo sería,
me lo retrató el instinto!
Cobarde ante su deber!
temblando ante mi venganza!

RAIM. Pues no sé la semejanza
en que la pudo usted ver!
Ser traidor?... quizá lo he sido.
Faltar al deber?... sí, pude.
Pero temblar?... no lo dude,
temblar no lo he conseguido!

DOLORES. Si quieres verme morir (Á su hermano.)
sigue así!

AMPARO. (Á Raimundo.) Por compasion!

BALT. Ó cumple su obligacion
ó yo se la haré cumplir.
(Á su hermana, acercándose al fondo.)

RAIM. Ya veremos de qué suerte,
pues quedamos en el mundo.

BALT. (Desde la puerta.) Á muerte ó vida, Raimundo!

RAIM. Baltasar, á vida ó muerte.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

PRUDENCIO.

Otra vez surge el conflicto:
la tregua que nos ha dado
la enfermedad de Dolores
es tregua que está espirando.
La pobre Lola á la vida
vuelve, y á fé de hombre honrado
que no me pesa. Pero él,
ese Baltasar del diablo
que ni áun en la enfermedad
de su hermana ha descansado
de su furiosa manía,
y desde el pueblo cercano,
á donde se la llevó,
ni un sólo dia ha dejado
de escribir con amenazas
y de reclamar de agravios;
ese Baltasar que lleva
en la sangre fulminato,
y dinamita en los nervios,
y centellas en los labios,...
ó revienta como bomba
ó estalla como petardo,
cuando ménos lo pensemos

y cuando haga más estrago.
Dos meses entre unas y otras
no obstante vamos ganando,
y la boda ya está cerca:
una semana: si al cabo
nos dejasen hasta entónces...
Despues, despues ménos malo.
(Pequeña pausa.)
Y Amparito se imagina
que ya el peligro ha pasado!...
Es natural: tanto tiempo!...
Secó al fin su triste llanto,
y de nuevo la sonrisa
acude alegre á sus labios,
como las aves al nido,
que ingratas abandonaron,
cuando el invierno sañudo
escarchas y nieves trajo.
Pobrecilla! me interesa:
y por ella hasta romántico
pienso que voy á volverme,
á pesar de tantos años
como llevo de ser hombre
grave, prudente y sensato.

ESCENA II.

PRUDENCIO, RAIMUNDO, por el foro.

RAIM. Eres tú? Siempre te encuentro.
PRUD. Si como dice tu ciencia
vengo á ser la quinta esencia
del egoismo, soy centro
de toda humana pasion;
y es justo, y es natural,
pues eres carne mortal,
que me tengas aficion.
Desprendiéndose de aquí,
sobrino, si no me ofusco,
que no soy yo quien te busco,
sino tú quien viene á mí.
RAIM. Bien mirado ser pudiera
que estuvieses en lo cierto;

porque hace dias que advierto,
que me voy á tu manera
de llevar la humana cruz.
PRUD. Yo no me meto en honduras;
pero el caso si lo apuras
es claro como la luz.
Y me asombra...
RAIM. Qué te asombra?
PRUD. Nada si te causa enojos.
RAIM. Qué saben humanos ojos
lo que es luz, ni lo que es sombra.
Qué dulzor tiene el deber
para todos... desde léjos;
pero cuán amargos dejos
si en su copa hay que beber!
Del monte sobre la cima
qué luminoso parece;
pero cómo se oscurece
al compás que se aproxima!
cómo miente! cómo finge!
cómo espanta! cómo asombra!
cómo traza entre la sombra
los contornos de la esfinge!
PRUD. Tu obligacion...
RAIM. No sé cuál
pueda ser, ni áun por instinto.
Lo que resuelva es distinto.
PRUD. Y qué es ello?
RAIM. Bien ó mal,
porque el caso no es tan llano
como tú entenderlo sueles,
no entregar esos papeles
ni á Dolores ni á su hermano.
Que soy traidor? pues traidor.
Es ya cosa decidida:
así me cueste la vida
y aunque me cueste el honor.
Era una débil mujer
la que el destino inclemente
me puso ántes frente á frente. .
y no cumplí mi deber!
Si se ofrece la ocasion

luchar con el poderoso,
esto es noble y es hermoso,
áun no teniendo razon!
Pero al débil abatir,
su flaqueza anonadar,
sin que pueda batallar,
ni consiga resistir,
aunque justicia se ejerza,
toma carácter de saña,
que la justicia se empaña
al contacto de la fuerza.
Y qué ha de ser siendo impía,
si en toda su majestad
toma visos de crueldad
y sabor de villanía?
Pobre Lola! yo la ví
casi á mis plantas... lloraba...
y al reclamar, reclamaba
suplicando... y no cedi.
¿Pues cómo podrán lograr,
lo que no logró Dolores,
amenazas y furores
y ofensas de Baltasar?
Sólo hay un modo de ser,
aún más vil de lo que soy,
otorgar al fuerte hoy
lo que al débil negué ayer.

PRUD. Gran razon! gran silogismo!
RAIM. No.
PRUD. Qué no? (Con admiracion)
RAIM. Ni por asomo.
Más yo por bueno lo tomo
para engañarme á mí mismo.
PRUD. Aquella voz!... Un momento.
(Dirigiéndose al foro.)
Es Lola!... (Volviendo apresuradamente)
RAIM. Quizá no sea.
Es posible que la vea..,
PRUD. Quién, Raimundo?
RAIM. El pensamiento.
PRUD. El pensamiento esta vez
se ha convertido en verdad,

porque es Lola en realidad.
Y qué pálida su tez! (Asomándose á la puerta.)
RAIM. Vete: déjame con ella.
Corre á casa, y si su hermano
se presenta, como es llano
que va á buscarme querella,
que me espere, que allá voy;
pero que no venga aqui.
PRUD. Tienes razon.
RAIM. Pronto.
PRUD. Sí.
RAIM. Enterado?
PRUD. Ya lo estoy.
(Se dan las manos y sale Prudencio.)

ESCENA III.

RAIMUNDO, LOLA, por el fondo.

LOLA da unos pasos vacilante, RAIMUNDO acude á ella, la sostiene y la trae al primer término, haciéndola sentar.

LOLA. Gracias, Raimundo... (Con voz apagada.)
RAIM. Dolores...
Viene usted?
LOLA. Á mi pesar...
RAIM. Con objeto?...
LOLA. De evitar
más desgracias y mayores.
RAIM. Sabe Baltasar?
LOLA. Aún no.
RAIM. Sospechará?...
LOLA. No lo sé.
RAIM. Usted, Lola?...
LOLA. Por mi fé...
nada dije. Porque yo... (Secándose los ojos.)
á que fin?... Si este es mi sino!...
Más sangre no blanquearía
las manchas que de la mia
dejaron en mi camino.
(Refiriéndose á Raimundo y á Baltasar.)

Usté implacable!... y él loco!...
Doble crímen!.. pena doble!

RAIM. Es usted un alma noble!

LOLA. Que ha merecido bien poco. (Tristemente.)

PRUD. Entónces?...

LOLA. Vengo á decir,
que es imposible evitar,
que reclame Baltasar
las cartas. Que ha de acudir
á buscarlas, segun dice,
aquí mismo, si en su casa
(Refiriéndose á la de Raimundo.)
no le encuentra; y que no pasa
sin que su intento realice
ni otra noche, ni otro dia,
porque dejarse burlar
de este modo, es ya tomar
patente de cobardía.
Que es contrario á su decoro
ir dando treguas al lance:
lo que él busca á todo trance
es su venganza: no su oro.
Él lo dice... yo repito
(Observando un movimiento de Raimundo.)
sus palabras...

RAIM. Ya lo sé.

DOLORES. Y bien?... que ha pensado usté? (Con ansía.)
Hay algun medio espedito
de evitar?...

RAIM. Medio? Ninguno.

LOLA. Quien sabe?... cuando yo vengo
algun pensamiento tengo.

RAIM. Imposible.

DOLORES. Pues hay uno.
Huya usted. (Á Raimundo.)

RAIM. Que yo!... Jamás.
Eso es pedirme mi honor.

LOLA. Y mi padre? y mi dolor?
Quién pone y quién pierde más?
Yo, que pobre, triste, sola,
no tendré paz, ni reposo?
ó usted... que será dichoso?

RAIM. Usted que es un ángel, Lola.
LOLA. Pues entónces no se asombre,
y cumpla usted su deber.
RAIM. Lo que un ángel puede hacer,
no lo hace jamás un hombre!
LOLA. Hay otro medio quizás.
RAIM. Qué conduce?
LOLA. Al mismo fin.
RAIM. Cuál es?
LOLA. Que huya don Joaquin.
RAIM. No lo aceptará jamás.
LOLA. Que acepte si es su destino!
(Con dureza.)
salvo su vida, y es claro
que salvo al padre de Amparo,
no al miserable asesino!
RAIM. Salvar?... su vida en rigor;
mas su fama, de ese modo!...
LOLA. Por él lo he perdido todo,... (Con fiereza.)
que al ménos pierda su honor!
RAIM. Eso no es digno de usted!...
Perdon, Lola, si hubo ofensa, (Con dulzura.)
Lo dice usted, no lo piensa.
De la venganza la sed,
y su hidrópica ansiedad,
no llegan hasta esos labios,
que refrescan sus agravios
en fuentes de caridad.
Si la salvacion que ansio,
no encuentra su corazon,
es porque no hay salvacion
más que en un camino: el mio.
DOLORES. Resistir á Baltasar?
RAIM. Si él se empeña, qué remedio?
DOLORES. Y ese es su medio?
RAIM. Mi medio.
Otro no pude encontrar.
DOLORES. No pudo encontrarlo... Bien.
Pero existe. No sé cuál.
(Con creciente angustia.)
Sé que si lo hay para el mal
debe haberlo para el bien.

No pensaba ver á Amparo;
pero la veré y las dos,
si Dios quiere, y querrá Dios,
lo hallaremos. Que no es raro
cuando hay buena voluntad
y rectitud de conciencia,
ir más allá que la ciencia
y el saber. Porque en verdad
donde fracasa el talento
y fracasa la razon,
suele hallarse inspiracion
acudiendo al sentimiento.

RAIM. Está ya todo pensado
y siempre nos falta base.
Si el sentimiento bastase
¿qué no hubiera usté encontrado?

DOLORES (Con alegría como si hubiera dado con una idea.)
Diremos á Baltasar
que usted las cartas me dió:
que despues las rompí yo.
(Con arranque noble.)

RAIM. Y me vendrá á preguntar (Con triste sonrisa.)
con ansiedad rencorosa
el nombre! y no lo diré!...

DOLORES. Eso es verdad. No acerté.
Pues entónces, otra cosa.

RAIM. Me inspira usté admiracion,
pero no me dá esperanza.
Lo imposible no lo alcanza
nadie... ni ese corazon!
¿Qué artificio, qué convenio
de pena á la culpa eximen?
Lazos que ató bien el crímen,
no los desata el ingénio.
El crímen rueda lo mismo
que por el monte un peñasco,
y no hay quien le ponga atasco
hasta que llega al abismo.
Usted es ángel, pues ruegue!
invoque divinos nombres!
Los demas que somos hombres,
esperemos á que llegue.

Por eso yo, que no escondo
mi persona en un fracaso,
convencido ya del caso,
bajé á esperarlo hasta el fondo.

DOLORES. Pues no importa!

RAIM. Pues valor.
Alguien viene.
(Asomándose al balcon, como si hubiese oido un coche. En este momento pasa Pedro.)
Una visita? (Á Pedro.)

PEDRO. No tal: es la señorita
que vuelve con el señor.

DOLORES. Voy á esperarla. (Resueltamente.)

RAIM. Si alcanza,
lo que pretende su empeño,
habrá realizado un sueño.

DOLORES. Quién renuncia á la esperanza?
(Salen por la derecha, segundo término.)

ESCENA IV.

RAIMUNDO.

La esperanza! palabra misteriosa,
divina luz, que al débil presta aliento,
y en el naufragio de la vida humana,
ilusion ó verdad, señala un puerto!
si una mujer por ella se reanima
y se empeña en luchar, yo, que me precio
de conservar mi voluntad entera,
de resistir al temporal deshecho,
de llevar en mi sangre mucha vida,
y vida, y sangre, y luz en mi cerebro,
¿no he de luchar tambien? he de rendirme?
pensando poder más ¿he de ser ménos?
No será! no será! Todo problema
puede domado ser y ser resuelto!
Cumplir mi obligacion: dar estas cartas
con alta faz y espíritu sereno,
é imponer la inocencia de ese anciano,
su razon, su honradez, al mundo entero.
Por algo las conservo! quién me dice

que el camino mejor no es el más recto?
(Sacando los papeles del pecho.)
que del conflicto en el horrible potro
la única salvacion no estriba en ellos?
De qué sirve el querer? De qué la ciencia?
de qué el trabajo? si en el trance adverso
para lograr el bien, por unos cuantos
pedazos de papel, ciencia y talento,
amor y voluntad, el alma toda
de Dios imágen, de su luz reflejo,
se estrellan humillados y vencidos
ante estos miserables signos negros!
De delacion renglones y de encono,
arrancad vuestras letras de sus centros,
retorced sus contornos miserables,
las almas esprimid de estos pigmeos,
no digais lo que dijo el moribundo,
que muerto es ya: decid lo que yo quiero!
Si tantas noches como llevo en vela
fundiéndoos de mis ojos con el fuego
vuestro mezquino ser no han transformado
¿para qué me dió Dios el pensamíento?
Amenaza!... emboscada!... sangre y oro!
(Mirando los papeles.)
siempre lo mismo!... cada vez más tercos!
Rastro del crímen!... ay, quien te blanquea!
Camino de la pena!... vas derecho!
Lójica del delito!... que inflexible!
Abismos del dolor!... oh, cuán inmensos!
(Cae en un sillon.)

ESCENA V.

RAIMUNDO, AMPARO por el fondo, sin que él lo note.

AMPARO. Raimundo!
(Raimundo da un grito de sorpresa, y oculta los papeles.)
RAIM. (Dominándose y volviendo cariñoso.)
Dulce ilusion!
AMPARO. Ingrato!... bien me abandonas!

Ayer sin tí!

RAIM. Me perdonas?

AMPARO. Con su cuenta y su razon!
Con nosotros todo el dia.
Y ya ves, *nosotros* digo;
pero yo pienso... *conmigo*.

RAIM. Sí, contigo, vida mia.
Qué risueño tu semblante!

AMPARO. Te pesa?

RAIM. Dueño adorado!...

AMPARO. Pensé con lo que he llorado
haber llorado bastante.
Me quieres ménos que ayer?...
aunque como no viniste,
no sé lo que me quisiste,
y es necesario volver
al principio, muy atrás!...
veinte y cuatro horas lo ménos!

RAIM. Ojos dulces y serenos!
(Contemplándola con amor.)

AMPARO. Pues dilo.

RAIM. Cada vez más.
Tanto, que temo perderte,
al mirarte conseguida,
y eres para mí la vida
en el borde de la muerte.

AMPARO. Pues no es difícil la empresa.
(Enumerando por los dedos con infantil malicia.)
Dichos: amonestacion:
el cura: la bendicion:
un altar y una promesa:
y las almas y los nombres
se funden á maravilla.
Si es la cosa más sencilla
que han inventado los hombres.
Pero hay mayor confusion?
de fijo he perdido el seso!
si no me enseñaron eso!
si no es humana invencion!
si Dios la fundó y la quiso
en un arranque amoroso,
y en un jardín muy hermoso,

que se llamó Paraiso!
Es que te molesta á tí
que hablemos de nuestras bodas?

RAIM. Dichas, esperanzas todas,
tened lástima de mí! (Pausa.)

AMPARO. A seguirme te resistes
y á soñar cuando yo sueño?
Acaso tienes empeño
en hablar de cosas tristes?

RAIM. Es verdad, Amparo, sí.
Perdóname; vida mia.

AMPARO. Si finjo tanta alegría
sólo es, Raimundo, por tí.
No me quieres?

RAIM. Si te quiero!

AMPARO. Pues si es tan grande tu amor
no despiertas al dolor
que tiene el sueño ligero.

RAIM. Y si hubiese despertado?
Si nunca hubiese dormido?

AMPARO. Qué dices?

RAIM. No, bien querido,
lo pasado, está pasado.

AMPARO. ¡Otra vez esas tenemos,
cuando tranquilos y en calma!..

RAIM. No, mi bien! alma del alma!
de nuestras bodas hablemos.

AMPARO. Pues volvamos á lo de ántes; (Con alegría.)
mas con una condicion,
que hemos de hablar en razon
(Con seriedad cómica.)
y de cosas importantes.
Es tal vez que el casamiento?...

RAIM. Ilusion, siempre lejana!...

AMPARO. Ocho dias!... si es mañana!
Como quien dice, al momento!
Y despues á Italia?... Sí?
Cuenta que ya me preparo!...

RAIM. Donde tu quieras, Amparo;
pero muy lejos de aquí.
Atrás queden el dolor,
el desengaño, el tormento,

acaso el remordimiento,
y quien sabe si el honor!
La mentira y la verdad,
cien torturas de cien potros!
y á escondidas con nosotros
huya la felicidad!
Ver de tu rostro el rubor,
mirar tus azules ojos,
beber en tus labios rojos
los deleites del amor!
y victorioso decir,
á cuanto he dejado atrás,
como ya no existe más;
ya no me importa morir!

AMPARO. Y eso que dices... ¿por quién?

RAIM. Solo por tí.

AMPARO. Ya lo entiendo,
Lo demás no lo comprendo,
pero me suena muy bien.

ESCENA VI.

RAIMUNDO, AMPARO, D. JOAQUIN por la derecha, segundo término.

JOAQUIN. Eres feliz! Dios te asista,
que andará muy cerca el llanto.
Pero en fin, Amparo, en tanto
que lo seas, egoista
no debes mostrarte. En pos
van de las dichas las penas,
y desdeñar las ajenas,
es casi tentar á Dios.

AMPARO. No comprendo esos rigores;
(Con cierta emocion y algun sobresalto.)
si hay penas yo las comparto.

JOAQUIN. Pues encerrada en tu cuarto, (En voz baja.)
está llorando Dolores.
(Movimiento de Amparo. Pausa.)

AMPARO. Ella vuelve!... Para qué?...
Me dijistes que no estaba (Á su padre.)
en Barcelona!

JOAQUIN. Pensaba
lo que dije. La busqué (Con voz sombria.)
sin dar con ella.

AMPARO. Dios santo!
Y yo necia que creía!...
¡Que no hay sueño de alegría
sin un despertar de llanto!
Todos tan felices ya!...
No importa... voy á buscarla. .
procuraré consolarla...
y de que por fin lo está,
hasta que no me cerciore,
no la dejo ni un momento!...
Yo, cuando alegre me siento,
no quiero que nadie llore.
(Dice esto con cierta ligereza, mezclada de mimo y de lágrimas y dirigiéndose á la puerta del segundo término, por ella sale.)

ESCENA VII.

RAIMUNDO, D. JOAQUIN.

JOAQUIN. (Despues de una pausa.)
No, Raimundo, ya no más!
De mi Amparo la alegría,
y esa mirada sombría
(Refiriéndose á Raimundo.)
como no la ví jamás!
sucesos nunca olvidados,
tormentos nunca vencidos,
y aquel grito en mis oidos,
y esos dos siempre empeñados
en amargar mi vejez...
han domado mi valor!
Yo he sido tu protector:
Raimundo, sé tu mi juez.
Tú mis disculpas acaso
esquivando por enojo,
y yo el darlas, por sonrojo...
no hemos hablado... del caso...
(Con repugnancia.)

de la muerte de aquel hombre...
de mi crímen... que en rigor,
ya sé que si no el mejor,
el más propio es este nombre.
Pero áun siéndolo, Raimundo,
ciertos datos... interesa
conocer; porque no pesa
de igual manera en el mundo,
ni ante la sana razon
puede pesar en justicia,
un delito con malicia,
que un arranque de pasion.
(Pausa. Raimundo le escucha sombrío y silencioso.)
Hay una mancha en mi frente...
pero en mi honra, no!... Te exijo
que me escuches.

RAIM. Sí de fijo
(Con tono duro: quiere convencerse á sí mismo.)
sé que es usted inocente.

JOAQUIN. Inocente, no. Repara
que al fin... maté. (Bajando la voz.)

RAIM. Me es igual:
en lucha franca y leal:
de hombre á hombre y cara á cara.

JOAQUIN. (Oyéndole con alegría y asintiendo con afan.)
Eso, sí: duelo á lo sumo!...
si no defensa. Mas tú...
lo sabes?...

RAIM. Por Belcebú!
yo no lo sé: lo presumo.
Porque debe ser así!
porque es preciso que sea!
porque el alma lo desea!
porque lo siento yo aquí!
(Golpeándose el pecho.)

JOAQUIN. Gracias, Raimundo!
(Apretándole las manos con efusion.)

RAIM. (Avergonzado de sí mismo.) Señor,
mi confianza es sospechosa:
miro en Amparo, mi esposa;
y en usted, mi bienhechor.

JOAQUIN. Aquella noche... te juro.
que iba á reclamar lo mio!
RAIM. Si lo sé: si no varío
en mi fé: si me figuro
la historia infame y sangrienta!
pues á quién no se le alcanza?
un abuso de confianza
y una quiebra fraudulenta!
(D. Joaquin apoya con ánsia cuanto oye.)
JOAQUIN. Cierto! te lo iba á decir!
RAIM. Y usté al borde de la ruina
y preparando Medina
la fuga!... Qué decidir?...
La ira ciega!. . si esto es llano.
En acecho la malicia...
torpe y tarda la justicia...
¡la tomó usted por su mano!
JOAQUIN. Así fué: me provocó!
Ves á Baltasar? lo mismo
era aquel. Con su cinismo
y su furia... ¡me cegó!
Saca de un arca de hierro
un puñado de billetes!...
de un trofeo, dos floretes!...
despues cierra... y dice: «cierro
»porque gusto en estas bromas
»de estar solo; son manías.
»Por lo tuyo no venías?
»pues á ver como lo tomas!»
Y era mio!... por mi fé!...
alli mi dinero estaba!
Con sangre lo rescataba!...
Suya y mía!... y lo tomé?
(Con repugnancia y espanto.)
RAIM. (Precipitándose para interrumpirle.)
Mas sin darse cuenta de ello!...
Sólo por ser los despojos
de la lucha!... y en los ojos
mucha sangre!... y el cabello
empapado en sudor frio!...
á ciegas!... casi demente!
diciendo instintivamente:

«una parte de lo mio!»
(D. Joaquin le sigue con interés supremo, apoyando cuanto dice.)

JOAQUIN. Todo lo sabes!

RAIM. Pues son
prodigios de quien me inspira.
(Golpeándose el pecho.)

JOAQUIN. Una parte!... Porque mira,
(Al fin y al cabo D. Jo: quin es hombre de negocios y no puede olvidar la pérdida.)
aún perdí más de un millon!
Y era acreedor preferente
para el caso de un concurso.

RAIM. Está claro... ¿qué recurso?

JOAQUIN. Luego me crees?...

RAIM. Inocente.

JOAQUIN. Eso arroja la consulta (Con ánsia y esperanza.)
de las pruebas ¿no es verdad?

RAIM. No las nombre, por piedad!

JOAQUIN. Pues en ellas qué resulta?

RAIM. Instintos de humano lobo
(En voz muy baja y con terror.)
á la rapiña resuelto!
oro con sangre revuelto!
asesinato por robo!

JOAQUIN. Y ante un tribunal en juicio,
(Lo mismo y mirando á todas partes.)
segun eso ¿qué aventuro?

RAIM. La deshonra de seguro,
y quien sabe si el suplicio.

JOAQUIN. No probamos mi honradez?

RAIM. Los dos sólos, ya lo creo!
Cuando usted, padre, es el reo;
y cuando yo soy el juez.

JOAQUIN. Qué estás diciendo?

RAIM. No más
que lo que me digo á mí.

JOAQUIN. Sin embargo... yo creí...
yo esperé...

RAIM. Pues yo, jamás.
(Pausa. D. Joaquin abatido. Raimundo hosco.)

JOAQUIN. Al principio... tú me viste...

á pesar de mi tristeza...
no mostré indigna flaqueza:
¿no es verdad? ni en mí pudíste
hallar el menor indicio
de humillacion. Me sentía,
si Dolores lo exigía,
preparado al sacrificio.
Te dejé tu libertad!
me resigné con mi pena!
á toda dicha terrena
renunció mi voluntad!. .
Era una noche!... Dios mio!...
Quise morir!... Ya demente
cogí un arma y en la frente
senti un anillo muy frio!
Sellaba mi destruccion
crispadas y febril la mano!...
Dulces notas de un piano
llegaron desde el salon!...
Es Amparo que me advierte
que la olvido en mi agonía! ..
y pensé, pobre hija mia!
y cayó mi brazo inerte!
Pero, Raimundo... despues
de tanto tiempo, he creido
en el perdon y el olvido,
y en la dicha de los tres!...
Y acostumbrarme no puedo
á otro rigor de la suerte.
Ántes... todo... hasta la muerte...
hoy de todo tengo miedo.
La desgracia de esta vez
me ha cogido el corazon
por sorpresa y á traicion,
de repente y con doblez.
Como su curso no tuerzas
ruedo al abismo profundo,
porque á mis años, Raimundo,
pronto se agotan las fuerzas.

RAIM. Le salvaré del rigor
de la suerte: se lo fio.

JOAQUIN. Aun á costa?. .

RAIM. Padre mio,
aun á costa de mi honor!

JOAQUIN. (Cogiéndole las manos con efusion.)
Con qué palabras no sé
expresarte!... Ya la calma
me devuelves... Y en el alma
cuánta gratitud!... Seré
más que padre!... Yo me entiendo...
(Con sonrisa cariñosa.)
Y Amparo... si ella supiera...

RAIM. No me hable de esa manera
(Soltándose de D. Joaquin y separándose de él.)
que parece que me vendo!
(Pausa: D. Joaquin queda aterrado.)
Lo que usted debe afirmar
es que mató por pasion,
y á su modo con razon,
al padre de Baltasar.
Y estimular mi egoismo
con astucia y paso á paso,
para que yo en todo caso
pueda engañarme á mí mismo.
Aliente mi fé por Dios!...
El medio ya se lo dí.
Si llego á dudar de mí,
nos perderemos los dos!

JOAQUIN. Basta ya! si algun resquicio
(Con altivez y retrocediendo.)
la duda halló en tu virtud,
ni quiero tu gratitud,
ni quiero tu sacrificio!

RAIM. Eso! así! cualquier reparo
es ya torpe y es ya ruin!
Todo, todo, don Joaquin,
por usted y por Amparo.

JOAQUIN. Y las cartas?...

RAIM. Aún las tengo.
(Medio sacándolas del bolsillo de la levita, pero dejándolas en él.)

JOAQUIN. Y ese hombre?

RAIM. No las tendrá.

JOAQUIN. Si las destruyeses...

(D. Joaquin se acerca con ánsia.)

RAIM. Ya
lo he pensado, y me detengo.

JOAQUIN. Por qué?

RAIM. Porque el destruirlas
es una vileza, padre.
No hay nombre que más le cuadre.

BALT. Los veré.
(Desde dentro con energía y como disputando con los criados.)

RAIM. Viene á pedirlas.

JOAQUIN. Pero él ignora que yo?...
(Con angustia á Raimundo.)

RAIM. Dolores nada le dijo.

BALT. Yo daré con su escondrijo.
(Entiando con ímpetu: el criado le sigue.)
Ves cómo está? (Al criado señalando á Raimundo.)

JOAQUIN. Vete. (Al criado: éste sale.)

ESCENA VIII.

RAIMUNDO, D. JOAQUIN, BALTASAR.

JOAQUIN. No:
(Aparte, con un movimiento para alejarse.)
me repugna su presencia,
me espanta su parecido!

BALT. (Mirando con recelo á D. Joaquin durante toda la escena.)
Don Joaquin, perdon le pido,
pero importa su asistencia;
necesito su consejo
y le ruego que se quede.

JOAQUIN. Si de algo servirle puede
mi persona, es vicio viejo
en don Joaquin de Barrieta
no negar su proteccion
á nadie.
(Habla sin mirarle.)

BALT. Buena ocasion
de prestármela completa.

JOAQUIN. Para qué?

BALT. Para probar
á cierto ilustre letrado
que un depósito es sagrado
(Con ironía, señalando á Raimundo.)
y no se puede negar.
JOAQUIN. Lo duda álguien?
BALT. Cierto.
JOAQUIN. (Sin poder contenerse.) Pues
si ninguno lo dudase,
por Cristo, que se evitase
algo que duele despues.
BALT. (Despues de observar á D. Joaquin, dirigiéndose á Raimundo.)
Ya conoce su opinion.
RAIM. Para mí de gran prestigio, (Friamente.)
pero que en este litigio
carece de aplicacion.
BALT. (Con dureza y con imperio.)
Yo le aseguro á mi vez,
que esa opinion es la mia.
RAIM. De fijo la seguiría
siendo mi padre ó mi juez.
BALT. Pues aunque mucho le pese,
y lo encuentre extraordinario,
que la siga es necesario,
lo mismo que si lo fuese.
RAIM. Toda opinion mala ó buena
que yo siga, en puridad,
la escoge mi voluntad,
no la voluntad ajena.
BALT. De mi paciencia ya voy (Sin poder dominarse.
á traspasar los dinteles.
Sin ambajes: los papeles.
RAIM. Sin ambajes: no los doy.
BALT. De su altivez á despecho!...
(Acercándose amenazador á Raimundo.)
RAIM. Baltasar!... (Haciendo lo mismo.)
JOAQUIN. Calma y prudencia.
(Interponiéndose. Ap. á Raimundo, separándole)
RAIM. (Ap.) Es verdad... porque en conciencia
él defiende su derecho.
(Pausa. Los tres se observan: toda la escena queda

encomendada á los actores. Raimundo pasa á colocarse entre D. Joaquin y Baltasar.)
Me duele su obstinacion,
(Cambiando de tono y con excesiva cortesia.)
aunque entiendo á mi pesar
su extrañeza, Baltasar,
su empeño y su situacion.
Con lealtad!... con toda el alma!..,
(Con arranque noble.)
y aparte frases confusas...
le presento mis excusas
y hablemos en paz y en calma.

BALT. (Moderando el tono, pero con ménos expansion: siempre está en guardia y sospecha celadas.)
Me complace su actitud,
y nada mejor quisiera,
sino que al fin le debiera
por su apoyo, gratitud.

RAIM. Pues á solas, sin testigos,
y olvidando lo que fué,
con entera buena fé
departamos como amigos.
(Se sientan los dos en el sofá: D. Joaquin en el sillon del otro lado. Pausa.)
El criterio diferente (Con tono tranquilo,)
que en nosotros estoy viendo,
consiste segun entiendo,
y lo diré francamente,
sin que le parezca audacia
ni mis frases le lastimen,
en que usted tomó por crimen,
lo que fué solo desgracia.

BALT, Fué el matador?...

RAIM. Criminal...

BALT. Conformes.

RAIM. Por mala suerte.

BALT. De qué modo?

RAIM. Si dió muerte,
dió muerte en lucha leal.

BALT. Es curiosa la invencion!

JOAQUIN. Dos millones entregados!...
(Baltasar le observa atentamente.)

RAIM. Y por su padre negados...
(Raimundo distrae la atencion de Baltasar.)
JOAQUIN. Sin razon. (Sin poder dominarse.)
RAIM. Ó con razon:
(Interviniendo nuevamente.)
poco importa. Que se obstina...
que se niega... que se aplaza:
el insulto... la amenaza...
por fin la crisis... la ruina...
La del uno, recia y fuerte...
la del otro, no completa:
una entrevista secreta...
y delirio, y sangre, y muerte!
Quién el culpable?... No sé:
es posible que ninguno.
Quién el asesino?... Hay uno;
pero no como usted cree.
(Baltasar ha oido todo el relato con sonrisa burlona, más aún, sarcástica.)
BALT. Puede contar esa historia,
que me parece estupenda,
á quien ame la leyenda,
y á quien no tenga memoria.
Y la hallará peregrina,
y la aplaudirá de fijo...
más no se la cuente al hijo
de don Gabriel de Medina.
Si ante el asesino el cuello
servil humilla la gente,
porque es rico y es potente,
será que ganan con ello.
(Movimiento de Raimundo.)
Ni tan necio!... ni tan bobo!...
Las riquezas no redimen;
y el crímen se llama crímen,
y el robo se llama robo!
JOAQUIN. Era honrado el matador!
(Levantándose con ímpetu.)
RAIM. Cumplió acaso su deber! (Lo mismo.)
BALT. Muy su amigo debe ser, (Lo mismo.)
quien por él con tal calor,
aboga en causa tan ruin!

Sus afectos no disfrace! (Á Raimundo.)
RAIM. Soy su amigo! (Con arranque.)
BALT. Que me place!
Y usted tambien, don Joaquin?
JOAQUIN. Debo serlo por lo visto, (Sombrio y triste.)
toda vez que le defiendo.
BALT. Ya nos vamos entendiendo:
acabarán, vive Cristo!
(Pausa. Los tres en pié, agitados, nerviosos, amenazadores.)
Terminen, pues, mis porfías,
que malamente las fundo.
Cada cual tiene en el mundo
amistades, simpatías,
lazos, afectos y amores:
con esto nada hay perdido.
Pero ya habrán comprendido,
que es imposible, señores,
sin inferir á mi honor
un inmerecido ultraje,
ni darme usted hospedaje.
(Á D. Joaquin, indicando que se retira.)
ni usted ser mi defensor. (Á Raimundo.)
Ahí tienen con claridad
lo que Baltasar resuelve.
Mis cartas me las devuelve (Á Raimundo.)
y todos en libertad.
Cada cual con su razon,
sin enojo y sin ofensa:
ustedes á la defensa,
Medina á la acusacion. (Golpeándose el pecho.)
Esas cartas. (Con imperio.)
RAIM. Imposible.
BALT. Me pertenecen! (Aproximándose.)
RAIM. Se engaña.
BALT. Vive Dios que ya su hazaña
(Acercándose mas.)
va rayando en lo increible.
Si parece desatino!
si lo dudo y lo estoy viendo!
si el encubridor va siendo
aun más vil que el asesino!

(Cogiéndole por un brazo. Raimundo le mira con asombro y al pronto no resiste.)

RAIM. Mire, que aunque no le cuadre,
ya siento mi sangre arder!...
Y pudiera usted tener
el mismo fin que su padre!

(Cogiéndolo á su vez con ira. D. Joaquin se precipita entre ambos y los separa.)

JOAQUIN. Eso no! No digas eso!... (Á Raimundo.)
Gabriel... Gabriel!... desdichado!...

RAIM. Por Dios, padre!...

(Se lo lleva á un extremo. D. Joaquin huye la mirada de Baltasar.)

BALT. Qué le ha dado?
Qué lleva en su rostro impreso?

(Ap. observándole con estupor. La sospecha crece en su ánimo y casi es certidumbre.)

RAIM. Téngase por prevenido.

(Procurando distraer la atencion de Baltasar. Este á la derecha. Raimundo y D. Joaquin formando un grupo á la izquierda.)

BALT. (Ya sobre la pista, sin dejar de observar á don Joaquin.)
En todo caso, Raimundo,
ni tengo apego á este mundo,
ni ya me doy por vencido.
Más vamos á lo que importa,
aunque es la materia ingrata;
¿este nudo se desata,
ó se deshace, ó se corta?
Por qué, señor don Joaquin,
no interpone su influencia?
que yo le digo en conciencia,
que en este enredijo ruin,
cada vez entiendo ménos
sus ánsias y sus afanes,
y sus complicados planes
sobre negocios ajenos.

(Acercándose lentamente. D. Joaquin huye por instinto y se abraza á Raimundo. Baltasar sigue dirigiéndose á su encuentro. Esto queda encomendado á los actores.)

Á veces usted me mira
como amigo, y otras veces
su faz entre palideces
relampaguea con ira.
Al escuchar su amenaza
(Señalando á Raimundo.)
usted tomó mi defensa.
(Despues con ironía y expresion reconcentrada.)
Pues vaya la recompensa!
¡Por qué los brazos no enlaza,
en ellos dándome abrigo,
y hasta quién sabe si gozo,
con los brazos de este mozo,
que es el hijo de su amigo!

RAIM. (Valor!) (Ap. á D. Joaquin.)

JOAQUIN. (Ap. á Raimundo.) (Raimundo, si es él!)

BALT. Qué le asombra en este paso?
Es el parecido acaso
(Con profundo acento y acerada ironía.)
con mi padre?

JOAQUIN. (Extendiendo el brazo.) Sí, Gabriel!

BALT. Una tan gran emocion
supone...

RAIM. Basta!...

BALT. Raimundo,
no me distraiga!... Un profundo
(Continuando y acercándose más.)
secreto en el corazon!
He acertado de esta vez?
(Con acento terrible. D. Joaquin retrocede y se cubre el rostro con las manos.)
Sí... los viles se descubren!
Esas dos manos qué cubren,
miedo, espanto ó palidez?
(Separándoselas de pronto.)

JOAQUIN. (Mostrando la faz é irguiéndose con fiereza.)
Palidez!... puede que sí.
Remordimiento!... quizás.
Miedo, ni espanto!... jamás.

BALT. Luego tú fuiste?

JOAQUIN. Yo fuí.

(Baltasar hace un movimiento para arrojarse so-

bre D. Joaqnin. Raimundo se interpone. Pausa: la escena queda encomendada al talento de los actores.)

BALT. ¡Cielo, de golpe desplomas
sobre mí tus alegrías!
(Este es el momento en qne pretende arrojarse sobre D. Joaquin.)

RAIM. Por tus cartas no venías?
Pues á ver cómo las tomas.
(Dice esto poniéndose ante D. Joaquin y pretendiendo llamar sobre sí el fnror de Baltasar.)

BALT. (Á Raimnndo.) Ya no he menester tus cartas,
ya puedes unirte á Amparo.
¡Goza, goza sin reparo
del oro que á manos hartas
te ha valido tu traicion!...
Tienes lo que te interesa!...
Pero yo tengo mi presa!...
(Señalando á D. Joaquin.)

RAIM. (Á Baltasar.) Ántes yo tu corazon!

BALT. Allá fuera hay un armero...
hierros... abajo el jardin!...

JOAQUIN. Aquí sangre!... (Golpeándose el pecho.)

BALT. Pues al fin
está todo!... (Haciendo nn movimiento para salir.)

RAIM. Yo el primero.

BALT. (Señalando á D. Joaquin.)
Me urge cobrar lo que es mio.

RAIM. Te urge escapar de mis manos!
Eso buscan los villanos:
mucha edad y pocos bríos!
(Señalando al anciano.)

BALT. Pues los dos! (Dirigiéndose al foro.)

RAIM. Á comenzar
por mí.

JOAQUIN. (Deteniéndole.) Por mí.

BALT. Por cualquiera.

JOAQUIN. Es preciso que yo muera!...

RAIM. Está por averiguar
de este drama el desenlace.

BALT. No me escatimen los goces
que me aguardan!

RAIM. Ménos voces,
(Bajando la suya y mirando hácia la puerta.)
si no es que le satisface
encontrar algun estorbo
como áncora de salud.
(Todo lo que sigue con voz reconcentrada y rápida temiendo que les oigan y observando.)
BALT. Bien lo dice mi actitud.
(Adelántandose.)
RAIM. Una cosa es mirar torvo
y otra presentar el pecho.
BALT. Vamos!...
RAIM. Vamos!...
JOAQUIN. Quien será?
(Mirando á la segunda puerta de la derecha.)
RAIM. Es Amparo!
JOAQUIN. Viene ya! (Queriendo seguir á Baltasar.)
RAIM. Es mi vez! (Deteniéndolo.)
JOAQUIN. Es mi derecho!
(Conteniendo á Raimundo y siempre en voz baja.)
RAIM. Por ella! (Rogándole y deteniéndole.)
BALT. Encontramos vado?
(Desde el fondo en voz baja al verlos luchar.)
JOAQUIN. Por mi!
RAIM. (Á D. Joaquin.) Que espera aquel hombre!
BALT. Por mi padre y por su nombre,
que ya espero demasiado!

ESCENA IX.

RAIMUNDO, D. JOAQUIN, BALTASAR, AMPARO, por la derecha segundo término.

RAIM. Amparo!
JOAQUIN. Amparo!
AMPARO. Qué es esto?
BALT. Que buscan una salida!
(Ya todos en voz alta.)
RAIM. Que quiere perder la vida!
(Señalando á D. Joaquin.)
JOAQUIN. Que quiere tomar mi puesto!
(Señalando á Raimundo.)

RAIM. (Á Amparo.) Si su existencia adorada
te interesa, en fuertes lazos
ciñe á su cuello tus brazos
y no le sueltes por nada!

AMPARO. Perderte!
(Á su padre, colgándose á su cuello y sujetándole.)

JOAQUIN. Suelta, por Dios!

AMPARO. (Luchando con él.) No. padre!... Cielo divino!...

RAIM. (Á Baltasar.) Tenemos franco el camino!...

BALT. Ahora!...

RAIM. Sí... nosotros dos!
(Salen por el fondo y cierran la puerta.)

ESCENA X.

AMPARO, D. JOAQNIN.

AMPARO. Padre!... padre!...

JOAQUIN. Déjame!...

AMPARO. Nunca!

JOAQUIN. Suelta!
(Desprendiéndose de ella y corriendo á la puerta.)

AMPARO. (Al ver que han salido.) Á donde van?

JOAQUIN. Cerrada!.,. Se matarán!

AMPARO. Mi Raimundo!... No!... Por qué?

JOAQUIN. Ya lo sabes... porque yo!...

AMPARO. Pues ven!... á salvarle corro!...
aquí, Dolores!... socorro!...

JOAQUIN Llama á todos!... á ella no!

AMPARO. Pues salvarle necesito!...

BALT. Lola!... (Desde dentro.)

JOAQUIN. Me hiela el espanto!...
(Se abraza á su hija. Pausa. Los dos aplican el oido.)

AMPARO. Que ha sucedido, Dios santo?

JOAQUIN. Que te lo diga ese grito!

AMPARO. Estas helado!

JOAQUIN. Estas yerta.

AMPARO. Álguien llora en el jardin.

JOAQUIN. Es Dolores...

AMPARO. Ah! por fin
abren la puerta.

JOAQUIN. La puerta!...

ESCENA XI.

AMPARO, D. JOAQUIN, RAIMUNDO, despues BALTASAR y DOLORES.

Raimundo entra por el fondo, lívido, desencajado y como huyendo: se precipita al grupo de D. Joaquin y Amparo. Los tres quedan á la derecha estrechamente unidos.

AMPARO. Herido? (Abrazándole.)
RAIM. Solo un rasguño.
Busqué la muerte y en vano!
No mires, niña, mi mano
que viene roja hasta el puño.
(En la puerta del fondo aparece Baltasar sostenido por Dolores: ambos se detienen.)
AMPARO. Dolores!
RAIM. Baltasar!
JOAQUIN. Él!....
RAIM. Empeñado en perseguirme!
(En voz baja á D. Joaquin.)
Es testarudo y es firme!
JOAQUIN. Sí: lo mismo que Gabriel!
(En voz baja á Raimundo.)
BALT. Aquellos dos... ¿los ves?
DOLORES. Sí.
BALT. Compadre para compadre!
El viejo mató á mi padre!...
El jóven me ha muerto á mí!
Ven!... sostenme!... de mí cuida!...
(Á su hermana yendo hácia Raimundo: á medida que se acercan, D. Joaquin retrocede con Amparo hácia la puerta de la derecha, primer término. Raimundo va quedando aislado..)
DOLORES. Pero á dónde?
BALT. Á reclamar]
lo que es mio.
DOLORES. Baltasar!...
BALT. Aun me queda mucha vida! (Avanzan más.)
DOLORES. Hermano! por Dios!
BALT. Que no!

DOLORES. Esta sangre!...

BALT. Quita y calla!

(Rechazándola: queda solo.)

RAIM. Porque no existe una valla
entre vosotros y yo,
de jaspe, bronce ó granito!
de algun material eterno!
arrancando del infierno
y subiendo á lo infinito!

BALT. Pues no existió para mí
(Llegando á tocar á Raimundo.)
que llegué!... Y á más, sería
inútil!... La pasaría!
Tienes mis papeles? (Cogiéndole por un brazo.)

RAIM. Sí.

BALT. Dónde?

RAIM. Sobre el corazon!

(Baltasar apoya sus manos sobre el pecho de Raimundo y busca torpemente. D. Joaquin á pequeña distancia observando con ansiedad, y casi en la puerta de la derecha. Raimundo inmóvil: Amparo viene á un lado: de modo que Raimundo se halla entre Baltasar y Amparo.)

AMPARO. Resiste! (En voz alta.)

RAIM. Yo bien quisiera!...
pero, ay Dios!... de qué manera?

AMPARO. Y tus brazos?

RAIM. No es razon!
Venciendo su noble brío
llegó mi espada á su pecho:
con qué justicia ó derecho
(Abre los brazos y se presenta indefenso.)
le impido que llegue al mio?
(Expresando en toda la escena horror al contacto de Baltasar.)

DOLORES. Baltasar!

(Procurando contener á su hermano.)

BALT. Estos!...

(Arrancándole á Raimundo las cartas y con expresion terrible de triunfo.)

JOAQUIN. (Ap.) Valor!

BALT. No hay piedad! (Amenazando.)

AMPARO. (Cubriéndose el rostro.) No hay esperanza!
JOAQUIN. Cuando sacies tu venganza
piensa en ella y en su honor!
(En voz alta, dirigiéndose á Baltasar y señalando á Amparo. Sale por la derecha resueltamente, cerrando la puerta.)

ESCENA XII.

AMPARO, DOLORES, RAIMUNDO, BALTASAR.

Baltasar y Dolores se dirigen á la izquierda: Baltasar se apoya en la mesa, su hermana le sostiene. En primer término queda Raimundo; Amparo se precipita hácia él.

AMPARO. No te perdono!... no creas!
Ni áun en la hora de la muerte!...
(Al oido incitándole.)
Ellos débiles!... tú fuerte!...
RAIM. Eso nunca!
AMPARO. (Siempre al oido.) Si deseas
verme loca... palpitante...
en tus brazos... ser tu esposa...
RAIM. Ven... roguemos...
AMPARO. Linda cosa!...
ya hemos rogado bastante!
Otro medio!
RAIM. Me estremeces!
(Suena un tiro. Pequeña pausa.)
DOLORES. Será?...
BALT. Mi venganza al fin!
AMPARO. Déjame!...
(Luchando con Raimundo que la sujeta.)
RAIM. No!...
(Amparo se desprende de Raimundo, corre á la puerta y la abre.)
RAIM. Don Joaquin!
AMPARO. Por tí!... maldito mil veces! (Cae desplomada.)
(Amparo en tierra: junto á ella, en pié, Raimundo: Dolores y Baltasar siempre á la izquierda.)
RAIM. Estais contentos?
BALT. Cumplió

su deber. Ya no porfio.
De este modo cumplo el mio.
(Rompe las cartas y arroja los pedazos.)

RAIM. Mal y tarde: como yo!
Muerte! (Señalando hácia dentro.)
Llanto! (Llevándose las manos á los ojos.)
(Señalando á Amparo.) Triste sueño!
Don Joaquin!... que sólo es tierra!
Su despertar!... que me aterra!
(Refiriéndose á Amparo.)
Y vosotros... que el empeño
conseguísteis!... contestad:
qué resta al humano sér
si por cumplir su deber
pierde su felicidad?
Cuál es la compensacion
que por la dicha perdida
encuentran en muerte ó vida
el alma y el corazon?
Responderme no sabeis?
El misterio no aclarais?
Pues conmigo aquí quedais
que respuesta me debeis!
(Acercándose á Amparo.)
Ven á mis brazos!... los dos
mezclemos llantos y penas!
Ven!... de miserias terrenas
pidamos justicia á Dios!

FIN DEL DRAMA.